

EL REFUGIO

Matías Escalera Cordero

Dramatis personae

Director

Mujer

Madre

Hija

Joven Autor

Huraño

Vigilante

Policía, voces y explosiones

A Harold Pinter, in memoriam

ACTO I

[Una enorme explosión. Gritos, golpes de lo que se desplaza y se cae, y el ajeteo de una agitación y una confusión extremas. Otras varias explosiones menores; todo sucede dentro, detrás de la puerta entornada que hay al fondo del escenario –con un estrecho ventanuco de ventilación abierto encima del travesaño–. Según parece, es una habitación destinada a cuarto de la limpieza y a almacén de objetos en desuso y averiados. Transcurridos unos segundos, entran corriendo, y despavoridas, chillando aún, dos mujeres, una Madre y su Hija; e inmediatamente después, un tipo con aspecto desmañado –y Huraño–, al que se le cae de las manos, justo cuando entra, el teléfono móvil, abriéndose en dos. Y, luego, un Joven (que, como se verá, es escritor y poeta, y ha venido a recoger el cheque y el diploma correspondientes al primer premio del “Certamen de Poesía”, patrocinado por la Gran Superficie –en la que precisamente han quedado atrapados–, y una conocida marca de perfumes para hombres).]

- Joven. *(se queda junto a la puerta y mira con cuidado de no ser visto hacia dentro; respira de un modo jadeante, apenas recuperado de la carrera)*
Parece que se van...
- Madre. ¡Bárbaros!... No sé cómo hemos podido llegar aquí...
- Hija. Mamá, cállate, que te van a oír...
- Huraño. *(como desorientado y para sí mismo)* El plazo... La firma... Es el último... La última... Mi hijo, mi mujer... Tengo que...
- Hija. *(suplicante)* Cállese usted también...
- Madre. ¡Bárbaros!...
- Hija. *(autoritaria, ahora)* ¡Calla, por favor!...
- Joven. *(desde la puerta entreabierta)* Tranquilícense, aquí estamos seguros...
- Huraño. *(inquieto y lastimero)* El último pla... Y, ahora, no... Ahora, mi mujer... Tendría... Tengo que salir... El últ...
- Madre. ¡La puerta!... ¡Cierre esa puerta!... *(pero, cuando el Joven Autor va a cerrarla del todo, y a echarle el cerrojo, de un empujón se escurre en la escena, por entre el hueco que ha dejado libre el Joven Autor –como surgiendo del griterío, de las carreras y de las detonaciones, que no han cesado–, un individuo bien vestido y con un aire de no disimulada arrogancia: es el Director de la Gran Superficie –al que inmediatamente reconoce el Joven Autor–, que, al verse en compañía de otros, simula mantener el control de sus gestos y movimientos. Se vuelve y cierra la puerta con un sonoro portazo, que lleva el espanto de nuevo a la Madre)*
- Joven. *(sorprendido)* ¿¡Señor Director!?...

- Director. *(recuperando totalmente la compostura)* Ah, es usted, el jovencito del Certamen... *(se palpa el bolsillo interior de la chaqueta)* Aquí tengo su cheque aún...
- Joven. Bueno, ahora, no sé si es...
- Director. *(sin dejar de sujetar la puerta)* Lo tenía preparado, se lo íbamos a entregar justo cuando esto ha comenzado...
- Joven. Pero no... no sé si...
- Director. *(interrumpiéndole con cierta impaciencia)* Ya, ya, ya lo sé, que ahora eso es lo de menos, ¿no? Tómelo, es suyo; tómelo...
- Joven. Si usted...
- Director. Insisto; es suyo, se lo ha ganado... *(parece que se lo da, pero no termina de alcanzárselo del todo; mientras, el Joven Autor no sabe si avanzar un poco más la mano, y tomarlo; o esperar a que el Director termine de alargar su mano y entregárselo de una vez)* Es suyo, a pesar de estos...
- Madre. *(con agresiva insistencia)* ¡Bárbaros!... Son todos unos bárbaros, no me digan ustedes; unos auténticos bárbaros...
- Director. *(guardándose instintivamente el cheque de nuevo en el bolsillo y dirigiéndose a la Madre)* Señora, no es exactamente así como...
- Madre. *(abstraída en su propia indignación)* He llegado a creer que había llegado nuestra hora... ¡Señor, Señor, qué miedo he pasado!... Y qué caras de salvaje; dirán lo que quieran, pero son unos bárbaros y unos salvajes...
- Director. *(condescendiente, como si estuviese hablando con un niño, mientras se guarda el cheque de nuevo en la cartera y parece olvidarse por completo del Joven Autor)* A estos, señora, lo único que les pasa es que aún no han empezado a pagar una hipoteca; espere a que tengan que hacer frente al primer plazo y se les acabó el juego; eso, si aguantan...
- Huraño. Yo; yo necesito...
- Madre. *(sin hacer caso tampoco del Huraño)* ¡Menos mal que pronto vendrá la policía!...
- Director. Síntese a esperarlos...
- Huraño. Yo necesito...

- Director. *¡Silencio!... ¡Shsss!... (se acerca a la puerta y, cuando está adoptando la típica postura para escuchar detrás de las puertas, se abre esta de un golpe seco, causando la general alarma y los gritos de la Madre)*
- Madre. *¡Ah!, ¡ah, ¡ah!...*
- Director. *(dándose la vuelta) ¡Silencio!... (y mirando al Joven Autor con cara de pocos amigos) Pero ¿quién ha dejado la puerta abierta?*
- Joven. Yo pensaba que...
- Directo. *¡Shsss!... Señora, por favor... (y dirigiéndose al Joven Autor, de nuevo, con aire imperioso) ¿Pero no había dejado cerrada la puerta, usted?*
- Joven. Yo, la verdad, creía que...
- Director. *(sin embargo, al Director han dejado, de pronto, de interesarle las explicaciones que el Joven Autor trata inútilmente de hilvanar y esgrimir... La Mujer que acaba de entrar, de aspecto firme y decidido, y la detonación cercana que atruena todo el escenario, hacen que se olvide de ellas. Todos se echan al suelo, se tapan las cabezas y están así unos segundos, hasta que se hace el completo silencio... Cuando poco a poco todos se van levantando del suelo a sus posiciones de partida, el Director mira a la Mujer, va a decirle algo, pero súbitamente se queda como paralizado al ver de frente a la Mujer, y ella duda también un instante al reconocerlo, aunque reacciona, y es finalmente ella la que cierra definitivamente la puerta y echa el cerrojo... la Madre continúa gimiendo de terror, mientras el Huraño se mueve de un lado a otro, como una fiera enjaulada, rebuscándose por los bolsillos con rápidos movimientos. El Director finalmente reacciona) Ah, eres tú...*
- Madre. Ay, Dios mío, Dios mío, qué pesadilla...
- Hija. Calla, mamá, por favor... *(la Madre termina por ahogar sus gemidos: es un silencio denso y angustiado; pero, más allá de la puerta, sigue el tumulto de la destrucción, que, poco a poco, se va alejando)*
- Mujer. Sí, soy yo...
- Huraño. *¡El ventanuco!... ¡El ventanuco!... (grita, de repente, como un poseído; y el Director, roto el gesto iniciado, aparta con el brazo a la Mujer, da un salto, inusitadamente enérgico, y cierra el postigo horizontal, que sirve de tragaluz y respiradero, de un golpe que retumba por toda la escena, y que deja a todos espantados y expectantes por unos segundos... Pero el griterío se aleja definitivamente)*
- Director. Lo que hay que hacer ahora es tranquilizarnos... *(el Huraño, no obstante, sigue con su rutina de fiera enjaulada)* De momento, estamos seguros...

- Huraño. ¡El ventanuco!... ¡El ventanuco!...
- Director. *(con impaciencia mal disimulada, aunque de un modo educado) Pero no ve que ya está cerrado... ¿No lo ve? (la Hija, la Madre y el Joven Autor, están en un rincón. El Joven Autor las está como consolando y protegiendo; especialmente, a la Madre)*
- Madre. Ay, hija mía, si tu padre estuviese aquí para defendernos...
- Hija. ¡Calla, mamá!... *(seca)*
- Director. *(el Director hace un gesto de acercamiento a la Mujer, pero esta elude cualquier posibilidad de contacto, dirigiéndose al centro de la escena, mientras se sacude la falda y se ajusta la blusa a la cintura... El Director entonces gira de repente y ve, medio oculta por algunos rimeros de retales pasados de moda y unos cuantos rollos de papel continuo, una caja de embalaje y una silla medio desvencijada; recorre con la mirada cada uno de los rincones de la habitación donde se encuentran, y se dirige a por la caja y la silla, pero como no puede rescatarlas él solo, le pide ayuda al Joven Autor, pero lo hace con el tono de quien está acostumbrado a ser obedecido) Oiga, joven, haga el favor de ayudarme... (cuando han terminado de despejar el montón, toma la caja, la examina, comprueba su solidez y se dirige hacia donde están la Madre y la Hija; al tiempo que le pide al Joven Autor, con un gesto y el mismo tono de antes, que les traiga la silla) La silla, joven... Tome, señora, siéntese, y descanse un poco...*
- Madre. *(sin hacer demasiado caso del ofrecimiento, le asalta, sin embargo, un nuevo desasosiego) ¡El bolso, hija, nos hemos dejado el bolso!...*
- Hija. En el probador de la tienda se ha quedado; lo había colgado del gancho de detrás de la puerta... El dinero, el móvil, todo está dentro... *(al Huraño, al que se le ha caído el móvil, al entrar a trompicones en la habitación, y se le ha abierto en dos, intenta recomponerlo con una agitación interior y nerviosismo creciente; pero ha quedado, al parecer, inservible)*
- Joven. No se preocupe, yo tampoco tengo...
- Director. Pues sí es un buen consuelo...
- Joven. Quiero decir que no es tan... *(pero él mismo pierde interés por justificar lo que en verdad ha sido una estupidez, y se calla... El Huraño, mientras tanto, se ha dirigido hacia su rincón, en donde limpia las piezas, una a una, con el pañuelo y las ordena con meticolosa parsimonia; sentado, en cuclillas, comienza a componer de nuevo lo descompuesto, encajando y desencajando las piezas del aparato, una y otra vez. El Director hace otro intento de acercamiento a la Mujer, pero esta lo rehúye, acercándose a la Madre y a la Hija)*

- Huraño. El último... La última... *(No se dirige a nadie en concreto, mientras limpia, ordena y habla entrecortadamente, repitiendo las palabras)* No puede ser... No puede... Es preciso que... Mi hijo, mi mujer... El último... Está todo... Todo... No puede ser... Hasta el último céntimo... Mi hijo, mi mujer... Tengo que salir...
- Director. *(apartado de todos, saca su teléfono y mantiene una breve conversación)* ¿Ramón...? Sí, sí, me ha pillado todo el lío, pero no... No, no impor... Sí, sí, lo que importa es que vend... Sí, sí, vende... Sí, todas, esto no va a valer un carajo dentro de dos minutos... ¿Me oyes...? *(cambia de posición y postura varias veces)* ¿Me oyes ahora, eh...? ¡Me ca...! ¿Eh?, ¡vende!... Y avisa a mi mujer... ¡Nada, sin cobertura!... *(se lo dice a todos, como si les importase de veras)*
- Mujer. *(dirigiéndose a la Hija y a la Madre)* No ha cambiado nada, lo primero es lo primero, comprar y vender, luego lo demás, comprar y vender más, y, al final del todo, los demás... Menos mal que al menos se ha acordado de su mujer...
- Madre. ¿Lo conoce?
- Mujer. Demasiado...
- Director. *(dirigiéndose de un modo directo, a la Mujer)* ¿Te encuentras bien?
- Mujer. *(fría)* Ya ves...
- Madre. ¿No hubiese sido mejor llamar a alguien que nos pueda auxiliar?; digo yo, a la policía o a los bomberos...
- Director. *(molesto por la interrupción)* ¿A los bomberos...? ¿A la policía, en estos momentos? No tienen nada más que hacer que venir volando a rescatarnos...
- Huraño. No importamos mucho, los plazos... La firma, sí... Tengo que...
- Madre. *(asustada por el tono del Huraño)* ¡Déjenos en paz!... Si estuviese aquí mi marido...
- Hija. Mamá, no empieces de nuevo...
- Mujer. *(al Director)* Déjale tu teléfono...
- Director. ¿No tienes tú...?
- Mujer. No tengo apenas batería; pero si no... *(de repente golpean con violencia la puerta y todos quedan como petrificados, en silencio absoluto y conteniendo hasta el aliento. La zarandean, unos golpes más, y el peligro se aleja)*

- Madre. Mano dura, ha faltado mano dura contra esos bárbaros... *(con rabia furibunda, pero no le da tiempo a terminar)* ¡Aaah!... *(la puerta se zarandea de un golpetazo seco y estremecedor, al que siguen otros más, entre gritos y aullidos; parece que va a reventar... Salvo la madre, todos los demás, incluido el Huraño, se dirigen a la puerta para apuntalarla. Durante un minuto reinan el estruendo, el pavor, los gritos y el caos. Los golpes y los gritos cesan súbitamente)*
- Director. Están jugando con nosotros; no cabe duda de que están jugando con nosotros... *(y secándose el sudor añade entre dientes, como si hablase para sí mismo)* Jugad, a ver quién termina jugando con quién... *(Al cabo de unos instantes de calma, se oye ruido de pasos y de trasiego de bultos al otro lado de la puerta; el Director se acerca sigilosamente, pide silencio a los otros y pone su oído en la madera)*
- Huraño. *(muy nervioso)* Déjenme pasar, tengo que salir... Es la firma, mi hijo, mi mujer... permítanme, por favor... *(se lanza hacia la puerta y el Director y el Joven Autor, le siguen y sujetan)*
- Director. *(con ira incontenida)* ¡Siéntese en su rincón!... ¿Está usted loco? Siéntese, le digo... ¡Se lo ordeno!... Será posible, este imbécil; lo que nos faltaba en esta ratonera, un imbécil...
- Mujer. ¡Basta ya!...
- Joven. Tranquilícense, por favor...
- Madre. Es para volverse loca, el mundo se ha vuelto loco; ¿quién se iba a imaginar esto? *(y dirigiéndose al Director)* Cuando éramos jóvenes, ¿verdad? ¿Quién se iba a imaginar esto? Íbamos a donde queríamos y nos sentíamos seguras...
- Director. Cuando éramos jóvenes podíamos dormir en las escalinatas de la estación o en el umbral del palacio... Ahora, déjese caer siquiera a partir de determinada hora por los alrededores y ya verá...
- Madre. El mundo no debería ser como es...
- Director. El mundo nunca ha sido como debería ser... *(y esto lo dice mirando a la Mujer, que por un momento ha creído ver la sombra de una ilusión pasada y olvidada hace mucho tiempo)*
- Huraño. *(musitando de un modo apenas audible)* Estamos solos... Las calles están abarrotadas, pero estamos solos; están vacías, y estamos solos... Vacíos, llenos... Solos... Quiero salir; debo salir... Es el último plazo...
- Madre. Qué dice este pobre loco, ahora; apenas se le entiende...
- Hija. Calla, por favor; cállate...

- Joven. Tal vez tenga razón, podríamos ver la posibilidad de salir...
- Director. (*taxativo*) De aquí no sale nadie... No al menos hasta que lo considere... Hasta que lo consideremos... De lo que debemos preocuparnos ahora es de apuntalar bien la puerta... (*y, cuando se dirigen todos a amontonar los objetos a su alcance contra la puerta, salvo el Huraño, el Director se acerca disimuladamente a la Mujer*) Espera, que te ayudo...
- Mujer. (*al principio lo rechaza con un gesto, pero ante la insistencia de él acepta la ayuda que le ofrece*) No creas que...
- Madre. (*con síntomas evidentes de una asfixia histérica: aspavientos típicos de los asmáticos*) Soco... Soco... rrrrooo... me ahooo... ahogo... no pu...
- Hija. (*con seria preocupación*) Mamá, por favor, tranquilízate, respira; no...
- Director. (*solícito, pero autoritario*) Señorita, déjeme a mí... Vamos, señora, respire con calma, dóblese... Así... Dóblese, señora; no lo haga más difícil, y cálmese, por favor; haga caso a su hija...
- Hija. Mamá, no des...
- Director. Así, así; dóblese... (*poco a poco, la Madre, va recuperando el ritmo de la respiración. Entre tanto, todos se han acercado y se han situado alrededor de la Madre, del Director y de la Hija*) Por favor, no nos agolpemos todos, dejémosla respirar... (*pero, al volverse, para apartarlos, toca sin quererlo a la Mujer, que por un instante no se aparta*) Por favor, apártate... (*dirigiéndose directamente a ella, con un tono mucho menos enérgico; y, entonces sí, ella se aparta*)
- Hija. ¿Te encuentras mejor?
- Madre. (*aún con una respiración sofocada y entrecortada*) Sí, hija, creo que sí...
- Director. (*controlada la situación, se aparta de ellas y se acerca a la Mujer*) Ha habido momentos mejores...
- Mujer. Si tú lo dices...
- Director. Por lo que recuerdo, disfrutamos los dos de ellos; a no ser que disimulases...
- Mujer. De todo hubo...
- Director. ¿También, de disimulo...?
- Mujer. ¿Y tú me lo preguntas...?
- Director. Yo creía que...

- Mujer. Que yo era tonta; que me tenías pillada; que te temía... ¿Qué era exactamente lo que creías?
- Director. *(cambiando el tono)* No hace falta ponerse así...
- Mujer. *(encarándose a él)* ¿Cómo? ¿Cómo me pongo...? Como una puta desairada; como una histérica... ¿Cómo te gustaba repetirme lo de “no te pongas histérica, eso no va contigo”!... ¿Qué va conmigo...? Dime, qué iba conmigo...
- Director. *(fuera de sí, frustrado y humillado delante de todos, hace un gesto inequívoco)* Una... Una...
- Mujer. ¿Una hostia?, ¿eh?; ¿una hostia...?
- Director. *(le da la espalda y rumia)* Será puta; no ha cambiado nada la puta zorra... *(todos los demás lo miran apoyar las manos en la pared, casi arañarla, y dar un sordo puñetazo al muro. El silencio es denso como la niebla que, más allá del ventanuco, flota y se densifica)*
- Joven. ¿Bombas de humo...? ¡Bombas de humo!...
- Huraño. El humo, no; que no entre, que no entre el humo... Tengo que salir... *(y se dirige inmediatamente a tapar con su chaqueta, de modo mecánico y desesperado, los intersticios del postigo y de la puerta; todos le siguen, salvo la Madre y la Hija. Cada uno, atropelladamente, con lo que puede y tiene a mano, trata de sellar cada palmo de los perímetros de la puerta y el ventanal... El Huraño, como un muñeco movido por resortes desbocados, desarrolla una actividad frenética, pero paulatinamente el grupo se tranquiliza; y, llevado por la agitación y la proximidad de los cuerpos, el Director roza a la Mujer, que se encara con él en silencio; en ese momento el Huraño deshaciendo lo hecho trata de despejar el camino hacia la puerta y abrirla; el Director se abalanza contra él y lo aplasta contra el suelo; el Joven Autor y la Mujer avanzan hacia ellos y sujetan al Director, que parece fuera de sí... Cuando se calma, se levanta arreglándose la camisa, la corbata y la chaqueta, y mira a ambos desafiante... El Joven Autor se acerca, de nuevo, a la Madre, que ha vuelto a gimotear, y a la Hija; y posa las manos sobre los hombros de ambas mujeres)*
- Joven. No llore más; no se preocupe, todo volverá a ser como antes...
- Director. *(despechado por lo que acaba de ocurrir, y despreciativo; con una sorna vengativa)* Mira el pollito cómo aprovecha la ocasión... ¡Nada es ya como antes!...
- Mujer. No empieces; no sigas por ese camino...
- Director. *(aún más dolido)* Que no empiece qué... ¿Es una amenaza? ¿Has aprendido a defenderte...? *(pero la Mujer no responde a la provocación)*

- Madre. *(como rezando, se hace la señal de la cruz)* Son unos bárbaros, unos bárbaros...
- Director. Los bárbaros somos nosotros, señora... *(mirando a la Mujer; pero súbitamente más calmado y recuperando cierto autocontrol)* En realidad, fue esa cruz que se hace usted lo que disolvió el único auténtico orden que ha habido en la Historia... *(y se dirige al Joven Autor)* Díselo tú, en vez de engañarlas...
- Joven. Esa grosería suya sobra, creo, en estos momentos...
- Director. Ya, pero si te doy el cheque que venías buscando *(y saca el pagaré de la cartera, donde se lo había vuelto a guardar; y se lo enseña de modo humillante y provocador)*, mi grosería dejaría de tener la importancia que ahora tiene, ¿no es así?
- Mujer. Déjalos en paz; se puede saber qué mosca te ha picado... *(el Director la mira con reconcentrada ira, pero duda; y prefiere rehuir el cuerpo a cuerpo con ella)*
- Director. *(comidiéndose, con un esfuerzo que resulte evidente para los demás)* Sí, señora, la cruz terminó con el único orden digno de tal nombre... *(los otros le miran sin entender a dónde quiere ir a parar, pero él, examinándose con indolencia fingida las arrugas y posibles desperfectos del traje impecable que lleva puesto, concluye)* Esa señal que usted se hace confundió los límites entre los amos del mundo y el resto...
- Mujer. *(interrumpiéndole, se dirige a los demás, igual que una intérprete se dirige a su auditorio)* El resto del que habla, somos los esclavos, los siervos, los seres que estamos a su disposición para cuando él nos desee o necesite... Cosas que se usan y se tiran... *(y encarándose con el Director)* ¿No es así? Las cosas que no sirven se tiran, ¿no?
- Director. *(con animadversión no disimulada)* Llámalos por el nombre que quieras, tú sabrás, pero eso no va a cambiar nada... Pero fue esa señal que usted se hace, señora, la que confundió los límites... Luego vinieron las utopías sociales... El joven... Él también les podrá hablar de ello seguramente... Los utopistas, valientes ilusos y cantamañanas, terminaron de remachar el clavo al rojo, ¿no? *(y mira al Joven Autor, que rehúye la mirada)* Esto no es más que la consecuencia de aquello, créame... Ya no impera el miedo...
- Joven. *(se recupera de los golpes recibidos)* En una cosa tiene razón, esto viene de lejos... *(pero, súbitamente, todos han perdido cualquier interés por hablarse o escucharse unos a otros, y se quedan como ensimismados, en completo silencio durante uno o dos minutos. El Joven Autor se calla también, y el Huraño, que ha vuelto a retraerse en su hondísimo abismo interior, comienza a balancearse con ritmos y gestos propios de las personas autistas en su rincón; ninguno de ellos ha reparado apenas en*

su inquietante presencia / ausencia, durante la discusión... Y, al cabo de los dos minutos, recuperado del estupor, mirando al Director, pero dirigiéndose a todos, continúa su truncada argumentación) En el sufrimiento y en la barbarie también habita el espíritu, sólo hay que estar atento, saber mirar y ver...

- Director. ¿Mirar qué?
- Joven. *(sin tener en cuenta la pregunta y con sincero patetismo)* Mirar y contemplarnos en la profundidad abisal de la mirada del hombre solitario que rebusca entre la basura, mientras pasamos a su lado, al filo de la media noche...
- Director. ¡Hambre!...
- Joven. *(no entiende)* ¿Eh?
- Director. Que es el hambre, lo de la profundidad de la mirada y toda esa monserga es el hambre, jovencito...
- Huraño. Y soledad...
- Director. *(todos le miran sorprendidos, pero sólo el Director reacciona)*
¡Pamplinas!...
- Joven. *(con impotencia e impaciencia)* No sea grosero, se lo ruego... Y la Roma que ha prevalecido en nuestra memoria es la Roma austera, segura y civil... La Roma de Mario, de los Graco, del Senado y el pueblo guiados por un mismo objetivo...
- Director. En eso también se equivoca, jovencito, la Roma que se recuerda es la Roma imperial, César Augusto, las legiones implantando el nuevo orden por donde pasaban; la tecnología y la ingeniería romanas, las carreteras, los puentes, los acueductos; la autoridad de los amos...
- Huraño. *(como un sordo eco, mientras ensaya a ensamblar las piezas del teléfono descompuesto)* La tecnología; sí, la tecnología... *(todos se vuelven hacia él, de nuevo; pero, como no hay señal alguna de respuesta a esa general expectativa por su parte, el Director continúa...)*
- Director. La democracia republicana, los tribunos, la plebe y toda esa basura no dejaron de ser nunca un camelo, pura fachada que escondía lo fundamental, la rapiña, el lucro... El lucro, hijo, el beneficio *(con un gesto explícito de los dedos)* es el verdadero motor del mundo...
- Mujer. *(tercia también, casi de modo instintivo, y con rabia)* Pero el Imperio sucumbió, los bárbaros pasaron las fronteras...
- Director. ¡Bah!... *(hace un gesto despectivo y les da la espalda; se vuelve y durante un rato parece que busca algo, toma con descaro la caja de madera de*

antes, en una mano, y la silla, en la otra; se sienta en ella y se pone la caja justo delante, a modo de mesa de despacho o de té, saca el teléfono móvil, una agenda y una pluma estilográfica de marca; la Mujer lo mira incrédula y se dirige a él...)

- Mujer. Pero ¿es que te crees que todo es tuyo, que puedes tomar lo que quieras sin pedir siquiera permiso...?
- Director. Yo no necesito el permiso de nadie para tomar esta mesa... Esta caja... O esta silla... Además, son mías...
- Mujer. ¿Cómo que tuyas...?
- Director. ¿De quién, si no? Yo las vi, yo las cargué (*el Joven Autor hace un aspaviento*), y yo las cedí... Además, hay derechos inalienables, todo esto es...
- Mujer. ¿Tuyo?
- Director. O es que vas a ser como esos, ahora... (*señalando a la puerta cerrada*)
- Mujer. Sí, lo de los límites, otra vez, ¿no? (*se acerca a la caja y trata de llevársela. El Director reacciona violentamente y todos, de un modo u otro, tratan de separarlos. Finalmente, después de las bravatas, los forcejeos y los aspavientos típicos de este tipo de situaciones; y tirando cada uno de un extremo de la caja...*)
- Director. Creo que no entiendes la situación... ¡Esta caja es mía!...
- Mujer. (*tirando hacia sí con rabia*) ¡No es tuya!...
- Director. (*tirando hacia sí con desprecio*) Es mía, me corresponde en legítima propiedad, y la necesito...
- Joven. Por favor, déjelo ya... (*el Director y la Mujer cejan en sus respectivos movimientos y parece que se calman; luego se alejan desafiándose, los dos, con la mirada. La caja sigue donde estaba*)
- Director. (*arreglándose el traje*) Se empieza por una caja y luego viene todo lo demás... (*sorpresivamente, provocando un momentáneo estupor en todos, incluso en el Director, el Huraño se levanta y se le enfrenta con una mirada que lo intimida; por un momento, parece que se van a trabar, la situación dura unos tensísimos instantes, justo hasta que se oyen los primeros golpes, suaves y como en sordina, del Vigilante en la puerta... Todos se sobresaltan saliendo inmediatamente del pasajero aturdimiento que les ha provocado la inesperada reacción del Huraño... Los golpes son rápidos y desesperados, a pesar de la sordina; y se renueva la inquietud de todos... Desde dentro, tras la puerta, se oye, por fin, la voz del Vigilante, muy comedida por el miedo a ser descubierto*)

Vigilante. Soy Fredi... Alfredo, el vigilante... Abran, sé que hay alguien dentro; abran, por favor... *(pasan varios segundos de tenso silencio: se miran unos a otros sin saber qué hacer y tratando de no hacer ruido)*
¡Abran!... *(más alto)* Soy Fredi, el vigilante; Alfredo... Ahora no hay nadie, pueden abrir... Abran, por Dios... ¡Ábranme!... *(la Madre hace ruido al moverse y tropezar con uno de los objetos amontonados)*

Director. ¡Silencio!... ¡Shsss!...

Vigilante. *(más que irritado, asustado)* ¡Sé que estáis ahí, cabrones!...

Director. ¡Silencio!... ¡Shsss!...

Mujer. Tenemos que abrir...

Director. Pero ¿estamos seguros que es quien dice, o se lo está inventando todo ese gimoteo para conmovernos y engañarnos...?

Mujer. ¿Conmoverté?; sería una novedad...

Joven. *(suplicante)* Déjelo ya, por favor...

Vigilante. *(cada vez más impaciente)* ¡Abrid!... ¡No me dejéis aquí fuera!... ¡Por favor, abridme!...

Director. Y si no está solo... Si sólo es una trampa para ablandarnos y obligarnos a abrir; esa gentuza no es tonta precisamente... *(nadie responde, todos tienen miedo en el fondo de que tal posibilidad sea cierta; sólo la Mujer duda y se revuelve contra su propio miedo)*

Vigilante. *(de nuevo, en sordina)* Abrid, por favor, cabrones...

Mujer. *(al Director; ordenándose)* ¡Abre!... Sabes que es él y que está solo; tienes que conocerlo, trabaja para ti...

Director. ¿Y qué...? Acaso tengo que conocer a todos los que trabajan aquí...

Mujer. Lo habrás visto alguna vez, te habrás fijado en él...

Director. Hay gente a la que simplemente no se ve, no reparas nunca en ella...

Mujer. Son como muebles, ¿no?

Vigilante. *(a voces)* ¡Abrid!... ¡No me dejéis fuera!...

Madre. Por favor, que acabe esto de una vez...

Hija. Sí, tomen una decisión...

- Director. ¿Quieres que nos arriesguemos? ¿Vamos a arriesgar nuestras vidas sólo porque a ti se te ablande el corazón? ¿No te das cuenta que esa es su principal baza, nuestra debilidad; vuestra mala conciencia por ser quienes sois...?
- Joven. Pero es que lo somos, y ellos no dejan de ser los monstruos de nuestra razón...
- Director. Menos poesía, ahora, y una decisión de una puñetera vez...
- Madre. Pero nos matarán, si pueden...
- Joven. Señora, por favor, está asustando a su hija...
- Huraño. *(súbitamente)* Ya estamos muertos...
- Director. ¡Lo que faltaba!...
- Vigilante. *(de nuevo suave y en sordina)* ¡Abrid, que van a volver!... ¡Abran, por favor!...
- Mujer. ¡Decidámonos, ya; ábrele!... *(y, sin esperar respuesta alguna, la Mujer, se acerca a la puerta y comienza a retirar los objetos amontonados para entorpecer la entrada y apuntalar la resistencia de la cerradura; el Huraño, con un estado de evidente ansiedad, se levanta y se acerca de un salto a la puerta, y empieza frenético a retirar cachivaches del montón; en ese momento, la Hija se levanta y, contra la opinión y los gestos de su madre, se dirige también a la puerta, a ayudar a la Mujer, luego va el Joven Autor, detrás de ella. Su Madre parece que va a dar un paso hacia ellos, pero mira al Director y se desentiende de la situación. Cuando los objetos que obstaculizaban el paso y la apertura de la puerta han sido retirados, la Mujer abre con mucho temor y precaución la puerta; de pronto vuela una bolsa de plástico por el hueco entreabierto, grita la Hija, se espantan todos, pero inmediatamente, tras la bolsa, por encima de los objetos desperdigados, a trompicones, entra el Vigilante y cae en medio de la escena... La Mujer, la Hija y el Joven Autor cierran inmediatamente, amontonan de nuevo algunos de los impedimentos de antes contra la puerta, y se vuelven hacia el Vigilante... El Huraño, sin embargo, sigue aferrado al mango de la cerradura, como paralizado y convulso)*
- Vigilante. ¡Gracias!... ¡Gracias!... ¡Muchísimas gracias!... *(y se apresura a ayudarlos a bloquear y apuntalar de nuevo la puerta)* ¡Cerrad!... ¡Cerrad bien!... Que no entre nadie... No abráis a nadie más, están por todas partes...
- Huraño. *(comienza a gritar y a sacudir el picaporte)* ¡Tengo que salir!... ¡Tengo que salir!... Quiero salir... *(todos se abalanzan hacia él, lo sujetan y lo reducen. Grita hasta que queda exhausto y de nuevo como ausente)*

- Director. *(amenazándole con el trozo de una silla descolada)* Como vuelvas a moverte, te dejo en el sitio de un mamporro, imbécil...
- Huraño. No te tengo miedo... *(con una entonación neutra y maquinal)* No te tengo miedo...
- Director. Sí, tienes miedo, claro que lo tienes; tienes que tenerlo... Todos tenemos que tenerlo... *(y ante tal constatación incontrovertible, el Huraño se queda definitivamente paralizado, el Director lo reduce a un objeto más contra la puerta, y los demás se retiran en silencio... El Vigilante desde el centro de la escena ha observado todo en silencio, sin entender bien qué está pasando)*
- Madre. *(dirigiéndose ya inútilmente al Huraño)* Hijo, él tiene razón...
- Joven. Seamos todos un poco razonables... Sólo un poco... Díganos qué pasa ahí fuera; ¿cómo están las cosas...?
- Vigilante. La policía se enfrenta dentro y fuera con ellos; al principio sólo eran los cubos de basura y esas cosas... Aunque cada vez son más y vienen de todas partes; acuden como ratones al queso, queman, asaltan escaparates, roban, lo quieren todo, se lo llevan todo... Otros se les han unido...
- Madre. Y la policía, y las autoridades, ¿qué hacen?
- Vigilante. Aquí, ahora, no hay autoridad que valga; no lo sé, sólo sé que es la ley del más fuerte...
- Director. Ya lo han oído, nada que hacer... Además, aquí no se está tan mal, después de todo, ¿no? *(va a arrellanarse en su silla, cuando ve la bolsa del Vigilante en el suelo, y, como respondiendo a un resorte, se dirige hacia ella, la recoge, la abre y husmea dentro... El Vigilante, una vez repuesto de su natural estado de agitación y ansiedad, y de la confusión que la escena que ha contemplado le ha provocado, se levanta del montón de objetos que refuerzan la puerta, y le quita de las manos con cierta brusquedad la bolsa al Director... Comienza otra disputa, esta vez, llena de gestos desafiantes por ambas partes, sobre la legítima propiedad de los productos que contiene: robados, aprovechándose de la confusión, según el Director, por el Vigilante)*
- Director. ¡Ah!; ya veo, a esto se refería usted con la ausencia de autoridad y la ley de la selva... Ya veo que no ha perdido el tiempo...
- Vigilante. *(sin comprender a qué se refiere)* ¿Eh?
- Director. ¿Que si para esto se le paga...? Para robarme, en vez de protegerme... De protegernos... *(con maneras de ladino, rectifica intentando ganarse ahora la simpatía de los demás)*. Protegernos, sí, señor, de esos... ¡bárbaros!... *(y mira a la Madre, al decirlo)*

- Vigilante. *(pasmado)* La verdad, señor Director, que no entiendo a qué se refiere...
- Director. ¿Cómo que no entiende...?
- Vigilante. No, no entiendo que es lo que usted me está diciendo...
- Director. ¿Dónde está la factura de la compra de estos productos?
- Vigilante. ¿La factura, la compra...? *(incrédulo)*
- Director. Sí, claro; la factura, la compra...
- Vigilante. ¿En estos momentos, usted cree...?
- Director. En estos y en cualquier momento la propiedad... El respeto *(con la misma marrullería de antes)* es sagrado; sí, señor vigilante, usted debería saberlo mejor que nadie, sagrado; la propiedad *(ya sin rebozo)*, el respeto son instituciones sagradas... Dígaselo, joven... *(dirigiéndose al Joven Autor)*
- Vigilante. No estará usted queriendo decir que yo...
- Director. Sí, usted...
- Vigilante. *(encarados y desafiantes)* ¿Que yo...?
- Director. Sí, lo afirmo... Usted, con todo el descaro y aprovechando el momento...
- Vigilante. Esto no se lo consiento ni a mi... ¡Traiga!... *(y echa mano a la bolsa, que el Director defiende con fiereza: los dos se enzarzan en un cuerpo a cuerpo por la posesión de la bolsa; los demás permanecen atónitos durante unos momentos, hasta que el Joven Autor reacciona y trata de apartarlos y tranquilizarlos)*
- Joven. ¡Por favor, señores!... ¡Por favor!... *(recibe un fuerte golpe fortuito de uno de los contendientes y cae de espalda dolorido; entonces la Mujer reacciona y los otros dos paran en su pelea por la bolsa de plástico)*
- Mujer. ¿Pero es que están todos locos? *(mientras la Madre y la Hija lloran desesperadas y el Huraño gime balanceándose violentamente contra el montón de objetos del que forma parte, como uno más; pues, paulatinamente, olvidado de los otros, se está amurallando detrás de ellos...)*

[SE APAGAN LAS LUCES Y TRAS UNOS SEGUNDOS SE ENCIENDEN DE NUEVO, EL TIEMPO HA TRANSCURRIDO DEBE NOTARSE EN LA POSICIÓN Y ACTITUD DE LOS ACTORES]

ACTO II

[*La riña por la bolsa ha finalizado y, cuando parece que todos se han calmado, comienza otra... El Vigilante de modo distraído saca una caja de cigarrillos, toma uno y se lo va a encender, cuando el Joven Autor le hace notar lo inconveniente del acto de fumar en un lugar cerrado y sin el previo permiso de los presentes*]

- Joven. Por favor, considere la inconveniencia de fumar en este momento... (y señala a su alrededor el ámbito cerrado en que se encuentran... El Director, que se percató del asunto, le pide al Vigilante, de un modo imperioso otro cigarrillo para él...)
- Director. No le haga caso, y deme uno a mí, que lo acompaño...
- Joven. Protesto enérgicamente...
- Director. (*mofándose del estilo del Joven Autor*) ¡Protesta denegada!... ¡Ja, ja, ja!... (*el vigilante también se ríe, y se dispone a sacar la cajetilla de nuevo*)
- Joven. No me parece que sea para tomarse a risa el asunto; está en juego la salud de...
- Director. (*interrumpiéndole*) Está en juego, creo, mucho más que la salud, o es que no se ha percatado aún del asunto, jovencito...
- Joven. Le digo que no soy ningún...
- Director. (*desafiante, apela a las leyes de la democracia*) Además, están las mayorías y las minorías; para eso están precisamente las leyes de la democracia... ¿No es así...? Mayorías (*señalando primero al Vigilante y luego a sí mismo*) y minorías... (*señalándole sólo a él*)
- Joven. Le recuerdo que no estamos solos... (*y se vuelve hacia la Madre y la Hija, seguro de su apoyo incondicional, pero estas se mantienen al margen de la discusión, cansadas y hartas de la situación; y, decepcionado, se vuelve hacia el Vigilante*) Y usted, ¿qué dice?
- Vigilante. (*dudando entre su deseo de fumar y el odio al Director*) Bueno, yo creía que no... Bueno, que...
- Director. ¡No lo presione!... Eso es algo indigno de usted y de las leyes de la democracia; él ya ha votado antes, ¿acaso no se ha dado cuenta...? (*el Director le va a pedir el voto al Huraño –al parecer, ajeno por completo a todo–, que continúa amurallándose en uno de los extremos del montón de objetos acumulados, a un lado de la puerta; por lo que inmediatamente lo desprecia*) Ese voto queda invalidado a priori, pues,

según todas las reglas conocidas, a los seres incapaces y violentos se les considera privados justamente de ese derecho propio de los ciudadanos normales... El recurso a la violencia para recuperar su teléfono le ha apartado de sus legítimos derechos; así como las manifiestas goteras detectadas en su azotea... *(y hace un significativo gesto con los dedos índices de las manos contra sus sienes)* Así, pues, incluso considerando que ella *(señalando a la Mujer)* votase a favor de su moción... Mi voto de calidad, ya que soy quien soy, decide a nuestro favor... ¿No es así? *(y se dirige, de nuevo, al Vigilante)*

- Vigilante. Pues yo, qué quiere que...
- Director. Entonces, todos de acuerdo; traiga ese cigarrillo, que nos hemos ganado el derecho a disfrutarlo tranquilamente... Da gusto aplicar la regla de las minorías y mayorías, resuelven casi todos los conflictos... Y los que no, se resuelven por su misma lógica; la lógica de los acontecimientos; pues todos los acontecimientos llevan implícitos su propia lógica... Esto, claro, a usted le confundirá; pero no se preocupe, fume, venga, fume sin miedo... *(y se pone a fumar tan tranquilamente, sentado en su silla y a su mesa)*
- Huraño. *(desconsolado)* ¡Quiero salir, quiero salir, quiero salir!... *(la Madre se apiada del Huraño y la Hija reacciona con resabios de antiguos celos)*
- Madre. Pobrecito, está como ido... *(señalando con una leve y muy disimulada inclinación de cabeza al Huraño; y en voz muy baja)* ¡Pobrecito!...
- Hija. ¡Qué pobrecito, ni que niño muerto!... ¿No te das cuenta de que parece lelo y puede ser peligroso?
- Madre. Hija, nunca se sabe...
- Hija. Ya se ve... *(enigmática)*
- Director. *(sin mirarlas; sentado a lo suyo)* Haga caso, por una vez, a su Hija; la majadería relumbra por... *(hace como que duda)* Aunque, a veces...
- Mujer. ¡Cállate ya!... Y déjalo en paz... *(el Director se levanta con inesperada violencia y la toma de un brazo; la Mujer duda un segundo y se enzarzan, de nuevo, en un duelo silencioso y físico muy ambivalente, de atracción y repulsión paradójicas, que dura veinte o treinta segundos, hasta que la Mujer decide terminar con él)*
- Mujer. *(desasiéndose)* ¡Baboso!...
- Director. ¡Putá!...
- Joven. ¡No me lo puedo creer!...
- Vigilante. Calma, por favor... Calma y tranquilidad...

- Director. Pues créetelo...
- Joven. *(aún más descorazonado)* Somos seres despreciables...
- Hija. Estamos asustados... *(ruido dentro, tras la puerta, movimiento y carreras, cristales que se rompen: estado de alarma general, por un momento, se olvidan de sí mismos)*
- Madre. Por amor de Dios, paren de discutir, que vuelven esos bárbaros... *(y, al decirlo, mira inmediatamente al Director, pero recuerda que él también ha utilizado antes la misma palabra para referirse a ellos, y que la ha mirado al usarla)* Esos bárbaros...
- Hija. *(suplicante, a su Madre)* Por favor...
- Madre. Si estuviese aquí tu padre... *(pero la hija no contesta)*
- Director. *(se ha puesto contra la puerta y escucha pegando el oído)* ¿Y si sólo quisieran dinero...? ¿Se imagina? Yo tengo para mí, de sobra... Pero ¿y usted? *(al Joven Autor)*, o ¿usted? *(al Vigilante)*; y ¿tú? *(a la Mujer)* ¿No vas a aceptar, esta vez, tampoco mi dinero? *(y, tras unos segundos de mutismo y silencio, el Director repite la ofensiva pregunta)* Si se tratase de dinero; porque siempre, al final, se trata de dinero, ¿vendrías conmigo? Seguro que ahora sí te vendrías conmigo, como una perrita faldera...
- Mujer. ¿No ves que no quieren tu dinero...? No todo se compra con dinero...
- Director. *(con profundo despecho)* ¿Por qué no lo intentas tú entonces con tu coño de mierda?
- Vigilante. *(sin mucha convicción)* Calma señores...
- Mujer. ¡Cabrón, hijo de puta!... *(el Director le hace un gesto de desprecio y vuelve a pegar el oído a la puerta... Hay unos segundos de silencio prolongado y tenso; y, en medio del silencio, la voz sibilante del Huraño, con la mirada fija en la manipulación de las piezas descabaladas del teléfono)*
- Huraño. Los deseos enloquecen... La satisfacción aletarga los sentidos... No desear... No desear... *(todos lo miran; pero él ni se inmuta)* La satisfacción reblandece la voluntad... Lo sabía... Lo sabía... Toda una vida pagando... Lo sabía... Mi mujer, mi hijo... Una firma, la última...
- Director. ¿Qué dice?
- Madre. Nada, tonterías, nada más que tonterías...

- Director. Pero no deja de tener su lógica lo que dice ese chalado, no podemos reblandecernos... Hay que hacer algo, lo que sea... Lo que sea... Si no es dinero que sea una... *(y mira a la Mujer y a la Hija, alternativamente...)*
- Mujer. Eres aún peor de lo que recordaba, sigues siendo un auténtico cabrón... *(pero una nueva explosión y el resplandor de algunas llamaradas por encima de la puerta les hace callar... Gritos... Todos se refugian en el rincón más alejado de la puerta, salvo el Huraño, que se queda donde está... El Director y la Mujer casualmente coinciden uno junto al otro; y él, en medio del ensordecedor estruendo, no resiste la tentación –sólo el gesto iniciado– de abrazarla, pero desiste...)*
- Mujer. ¡Quita tus zarpas de encima!...
- Director. *(como ofendido)* Pero ¿qué te has creído?
- Madre. ¡Hay que hacer algo, tenemos que hacer algo!...
- Director. Ese loco tiene razón, la satisfacción apacigua y reblandece, incluso a las fieras; sobre todo, a las fieras... *(y mira a la Mujer)*
- Huraño. *(como un eco)* Hacer algo... Hay que hacer algo...
- Director. *(a la Mujer)* Tú ya estás acostumbrada *(y, ahora, al Joven Autor)*; todas, de alguna manera, lo están...
- Joven. *(con gesto de repugnancia y hartazgo)* Esto no puede estar pasando... No puede ser cierto...
- Director. Lo es... Vaya si lo es...
- Mujer. ¡Cállate, y déjanos en paz!...
- Director. ¿Qué más te da, una vez más...?
- Joven. *(explotando, pero en voz baja, sin atreverse a enfrentarse, de una vez, con el Director)* Será capaz de hablar en serio...
- Director. *(retándole)* ¿Qué has dicho? ¿Qué murmuras?
- Vigilante. Calma, señores...
- Huraño. Hacer algo...
- Joven. *(nervioso y sin mirar al Director, dirige toda su furia, sin embargo, contra el Huraño)* ¿Es que no se puede callar usted también...? ¡Por favor!...
- Mujer. *(al Director)* Pero de verdad crees que un coño les va a aplacar...

Director. ¿Por qué, no? A mí sí me aplacaba...

Mujer. Cabrón...

Joven. ¡No me lo puedo creer; me niego a admitir que estemos hablando en serio!...

Huraño. Hacer algo...

Joven. *(ahora, verdaderamente exaltado, se dirige al Huraño)* Y usted, ¡cállese de una vez!... Concéntrese en el teléfono y cállese... *(se reanudan los golpes y los gritos; intentan forzar la puerta desde fuera, la zarandean y parece que los goznes y las cerraduras están a punto de ceder. Más gritos. Deambular histérico. Sentimiento del fin)*

Madre. *(sin querer, repite las palabras del Huraño)* ¡Hay que hacer algo!...

Director. ¿Pero qué...? ¿Hacer qué...? Ya está usted viéndolo, no encuentro lo que se dice mucha colaboración...

Joven. ¡No me lo puedo creer!...

Vigilante. Empujen, que no pase nadie...

Huraño. *(musitando para sí)* Aplacar su ira...

Director. Pues créetelo, te digo... *(los golpes ceden; escuchan con atención unos segundos)* Además, ¿no sabes aquello de que sólo los tontos y los niños dicen la verdad...?

Madre. Eran los borrachos y los niños...

Director. ¿Qué más da tontos que borrachos?

Huraño. *(concentrado en su teléfono)* El último plazo; es el último plazo, tengo que...

Director. ¿Salir?

Huraño. Nos arrastra... Nos arrastra...

Director. Está completamente chalado...

Madre. *(a su Hija)* Mira que dejarnos el bolso con todo dentro... Verás, ahora...

Vigilante. Calma, señores...

Joven. No me lo puedo creer... *(el Joven Autor que ha ido a por sus quince minutos de gloria, se ha encontrado con una realidad inesperada, seres que se revuelven y se agitan como insectos en un tarro de cristal)*

Insectos dentro de un bote, eso es lo que somos, y nos agitamos y bullimos, mientras nos asfixiamos... Insectos dentro de un bote, eso es lo que somos... Nos agitamos y asfixiamos... y, mientras, es la verdad, nos devoramos...

- Mujer. Es el miedo... *(con una nota de incredulidad, también en ella, que aún persiste)* Sólo es miedo; el miedo es lo que nos devora...
- Joven. Pero todo esto ya es antiguo... El desasosiego, el malestar vienen de lejos, pero nos resistimos a aceptarlo... Uno viene para una cosa y se encuentra con otra muy distinta; nunca estás preparado para la realidad...
- Director. Vaya par de filósofos, lo que nos faltaba...
- Mujer. ¡Déjanos en paz!...
- Joven. Nunca se está preparado para esto...
- Director. *(abalanzándose, una vez más, sobre la Mujer)* ¡Ven acá, puta!... *(y la agarra con violencia vengativa por el cuello del abrigo. La Mujer logra zafarse y se lanza al rostro del Director con las uñas dispuestas como garras; al poco, caen los dos al suelo sobre el abrigo de ella. El Vigilante se va hacia ellos para separarlos... El Joven Autor mira todo como desde una distancia insalvable; está como paralizado; detrás de una barrera invisible...)*
- Joven. ¡No les da vergüenza!... Pero... *(la Hija, en un arrebato imprevisto, se echa también sobre el Director, tratando de ayudar a la Mujer, y recibe un golpe en el rostro; entonces el Joven Autor reacciona e intenta ayudar al Vigilante a separar a los contendientes, sin conseguirlo, mientras la Hija grita entrecortadamente como a punto de quedarse sin aire, doliéndose del golpe recibido)*
- Madre. *(con voz y gestos lastimeros, mientras intenta calmar y consolar a la Hija)* ¡No más violencia, por amor de Dios, no más violencia!...
- Mujer. ¡Hijo de puta!... ¡Cabrón, suéltame!...
- Joven. ¡Suéltela!...
- Vigilante. Por favor, señores, cálmense; tranquilidad... Parece mentira, señores, que todos ustedes tienen estudios...
- Madre. *(al director)* ¡Déjela!... Por favor, déjela; tiene que haber otra solución...
- Director. *(con mirada y ademán burlón, calmado repentinamente)* ¿Pero, señora, en qué estaba usted pensando? ¿Acaso estaría usted dispuesta a sacrificar a esta mujer, a cambio de su hija...?

- Madre. *(azorada)* ¿Pero cómo puede decir usted, siquiera pensar, eso, por favor...?
- Director. *(divertido)* Entonces que sea su hijita... *(y la señala con mirada pretendidamente lasciva)* Les haría más gracia... *(señalando la puerta)* Mucho más que esta gallina vieja... *(la Madre abraza instintivamente a su Hija)*
- Madre. ¡Mi hija, no!... ¡Mi hija, no!...
- Joven. Basta ya, ¿no ve que está hablando en broma?
- Director. ¿En broma? ¿Ahora estamos hablando en broma?
- Joven. Basta ya de este deleznable espectáculo... ¿Quiénes son los bárbaros...?
- Vigilante. Eso mismo digo yo...
- Director. ¿Entonces...?
- Huraño. *(lúgubre y asertivo; sin inmutarse)* Todo tiene un precio...
- Director. Si no sirve el dinero, les daremos carne, y luego ya veremos...
- Huraño. Hay que decidirse...
- Joven. *(desbordado)* ¡Cállense todos!... ¡Que no se hable más!...
- Director. ¡Vaya, ha salido, por fin, el gallito!... *(y acariciando el hombro desnudo de la Mujer, a la que tiene finalmente sujeta como con una llave de lucha libre)* La piel blanca, aún acariable...
- Vigilante. *(con un cierto tono que quiere ser categórico)* Deje a la señora, señor Director; no nos vayamos a arrepentir luego todos...
- Director. *(casi en serio, sin hacer caso a lo que le acaba de decir el Vigilante)* Están todos los sueños, ¿eh, poeta? ¡Ja, ja, ja!... *(la tensión es extrema; el Joven Autor se siente incapaz de cualquier reacción. El Vigilante se rinde ante todo ese batiburrillo de insinuaciones y sobrentendidos... La Hija sale paulatinamente de su crisis de histeria entre sollozos. El Joven Autor amaga, pero no da)*
- Joven. ¡Dejémonos ya de bromas indecentes!...
- Director. Yo no hablo nunca en broma...
- Joven. Quiero creer que todo esto ha sido una broma...
- Director. Crea lo que le dé la gana, jovencito...

- Joven. Le recomiendo que no siga por ese camino...
- Director. *(despreciativo) ¡Uy!, qué miedo... (y deja a la Mujer, echándola de sí, de un suave, aunque enérgico empujón)*
- Vigilante. Señores, calma; mantengan la tranquilidad, que esto va para largo...

[SE APAGAN LAS LUCES Y TRAS UNOS SEGUNDOS SE ENCIENDEN DE NUEVO, EL TIEMPO HA TRANSCURRIDO DEBE NOTARSE EN LA POSICIÓN Y ACTITUD DE LOS ACTORES]

ACTO III

[*Se encienden las luces. Las cosas se han calmado aparentemente... El Joven y la Mujer conversan a un lado de la escena, sentados en unos bultos; mientras el Vigilante juega con un palito a desbaratar pacíficamente una hilera de hormigas que atraviesa en diagonal un lateral de la estancia, y ver, divertido, cómo rehacen la línea, una y otra vez, ciegas a las dificultades impuestas y tozudas*]

- Vigilante. Vaya si son cabezotas, ya puedes romper la hilera veinte veces, que veinte veces vuelven al carril; se parecen a nosotros...
- Joven. Somos seres gregarios y estúpidos... (*categórico*)
- Vigilante. Es curioso cómo vuelven a la fila... Les pongo el palo, les desbarato el sendero, pero ellas ahí siguen, volviendo a él, dale que dale, todo el rato; está claro que son como nosotros; o nosotros como las hormigas...
- Mujer. (*contestando a las observaciones*) Es sólo nuestra forma de huir... (*sin demasiado rencor, hace una pausa y continúa*) Las máscaras, son sólo las máscaras, y el miedo...
- Joven. El miedo es lo peor; nos paraliza, nos corrompe; roe hasta el último centímetro de nuestro verdadero rostro, si es que realmente, alguna vez, hemos tenido un verdadero rostro...
- Vigilante. ¡Cómo se parecen a nosotros!...
- Director. Vaya, les ha dado a todos por la filosofía, ahora...
- Joven. (*dirigiéndose a la Mujer*) ¿Lo ve?
- Director. (*se levanta, se acerca a donde el Vigilante juega con las hormigas y, como sin darse cuenta, pero dándose perfectamente cuenta de lo que hace, pisa y restriega las suelas, casi sin disimulo por encima del reguero de hormigas*) Sí, las hormiguitas son como nosotros, en efecto...
- Vigilante. (*como no quiere, ni le conviene, entrar en otra confrontación con el Director, toma una revista del suelo, justo del lado de donde venía la fila de hormigas, y lee, en voz alta*) ... “Existe aún la costumbre entre los pueblos orientales influidos por las tradiciones del viejo imperio chino, de consultar el Ijing, o libro de las adivinaciones, para determinar la orientación y ubicación más adecuada de los edificios industriales y de las oficinas de las grandes multinacionales asiáticas...” (*se ríe*) ¡Je, je, je!... Vaya, vaya con estos chinos, qué raros son... Pues no van y mandan consultar a un brujo y a un libro de magia, antes de construir un rascacielos o un centro comercial...
- Madre. Eso, hijo, es la superstición y la ignorancia...

- Joven. Eso, señora, perdone que le diga, pero no es ni ignorancia ni superstición, es un rasgo cultural específico...
- Director. ¡Bla, bla, bla!...
- Joven. ... que deberíamos...
- Director. ¡Bla, bla, bla!...
- Huraño. Hacer algo...
- Joven. ... comprender...
- Director. *(cada vez más sarcástico)* ¡Bla, bla, bla!...
- Joven. ... la tolerancia multicult...
- Director. *(casi chillando, le impide continuar, interrumpiéndole definitivamente su discurso acerca del respeto multicultural)* ¡Bla, bla, bla, y bla, bla, bla!... Cállese ya, por dios, ahórrenos esa monserga para viejecitas y *progres* despistados...
- Huraño. Hacer...
- Joven. *(resistiéndose a entrar en la provocación del cuerpo a cuerpo)* ... multiculturalidad y respet...
- Director. *(manda callar al Joven Autor, como lo haría con un subalterno)* ¡Cállese ya!... *(y, una vez que este se calla, habla a todos los demás con el tono de los antiguos oráculos)* Sólo hay una verdadera superstición, la nuestra, la misma que tienen ellos y que tiene todo el enterito y puñetero mundo, el becerro de oro... *(y, como los demás no responden, se explica como hace uno con los niños, mediante gestos y sinónimos)* Money, pasta, guita... *(y sacándose un billete del bolsillo)* ¡Esto, coño!... ¡Esto!... Lo que hace levantarse a los tullidos, andar a los cojos, estirar la mano a los mancos, listos a los zoquetes y elegantes a los gañanes... *(volviéndose a la Madre)* Esto es la superstición, señora... Todos creen que hace milagros, pero el dinero sólo te da poder, mientras lo tienes... *(y pensativo, y hasta cierto punto melancólico, repite)* Poder es lo único que te da a cambio; nada más... *(silencio)* Mientras lo tienes, claro...
- Joven. El poder reside en la inteligencia, en las...
- Director. ¡Cállate, he dicho!... Y no digas más estupideces... *(en ese momento, fija su mirada en unos trozos de tela asfáltica enrollados y en unos cuantos ladrillos que se amontonan junto al resto de los objetos que obturan la puerta; y toma casi con violencia uno de los ladrillos, mientras señala a la tela asfáltica)* ¡Alquitrán, cemento, ladrillos!... Aquí está el dinero y el poder... Y en vuestras jodidas espaldas... ¡Ja, ja, ja!...

- Huraño. *(Se levanta con un gesto inesperado, único y violento, y le lanza con tino y determinación furibunda otro de los ladrillos, que termina estrellándose contra la pared, junto al Director, y que provoca un grito de susto, sorpresa y terror en todos) ¡Cállese usted!... (el Director, queda lívido y paralizado; una esquirla le ha impactado, hiriéndole levemente, en el rostro; todos se quedan estupefactos)*
- Director. ¿Se ha vuelto loco...?
- Huraño. Los ladrillos, como todo, pueden cambiar de manos y dirección...
- Director. *(verdaderamente azorado) Pero ¿qué digo?, si está chalado, loco de remate... (parece que va a ir a por él, pero se detiene) Si no estuviese chaveta, ya, ya vería... (amenazándole, sin moverse de donde está) Pero, qué va, no merece mancharse las manos con un tipo así, un loco de remate... (pero el Huraño, que ha vuelto a su mutismo autista, parece que se ha desentendido totalmente de las amenazas del Director y de la estupefacción de todos los demás) Pero ¿se habrá visto semejante tarado?; si no fuese por... (siguen uno o dos minutos de tenso silencio, de miradas cruzadas, y de sorda y cansada impaciencia; al cabo de ese insoportable silencio el Joven Autor se dirige de nuevo a la Mujer)*
- Joven. Era bien entrada la madrugada, yo volvía de una cena con algunos colegas del Ateneo de las Bellas Artes, era hacia finales de febrero, y subía el relente desde el río, era poco antes del alba, alrededor de las cuatro y media, una cincuentena de policías y antidisturbios interrogaban a una veintena de trabajadores, supongo que habría ilegales entre ellos; casi todos eran empleados, desde hacía años, del mercado de frutas y del matadero... No había nada extraordinario, sólo la profunda humillación que exhalaba la escena... Era quizás su frágil condición de seres humillables, pisoteables... La metáfora de... No sé cómo explicarlo... Era así como los vi, como una simple metáfora; pero no hice nada, no moví ni un dedo; tampoco entonces lo hice...
- Director. *(ha recuperado su posición en el centro de la escena, aunque ahora tiene mucho cuidado de no dar la espalda al Huraño; pues, cuando éste se mueve, el Director disimuladamente cambia la orientación de la silla y del cajón para tener siempre a la vista a quien ha estado a punto de estamparle un ladrillo en la jeta) Quizás sólo una vez en la vida, o jamás, se presenta la ocasión de dar una respuesta heroica, de hacer algo que tal vez justifique, a partir de ese momento el resto de nuestra vida; y tú, jovencito, has tenido dos y no las has aprovechado; esta vez, como tú mismo reconoces, tampoco... Y te la he puesto en bandeja... ¡Ja, ja, ja!... Hasta ese chalado ha respondido; y ellas también, todos, menos tú... ¡Ja, ja, ja!...*
- Mujer. ¡Déjelo en paz!...
- Hija. No se meta más con él...

- Director. *(sin hacer el menor caso)* Tus quince minutos de gloria en esa tarima *(señalando más allá de la puerta)* eran mierda en comparación de la oportunidad que hoy has perdido...
- Mujer. No le provoques más, ya basta... *(y dirigiéndose al Joven Autor)* No le hagas caso, para lo pequeño es para lo que hace falta el valor, para no hacer daño y reconocer a los que te aman, o para no volverse loco, cuando te das cuenta de que no eres quien pensabas ser; para todo eso sí es preciso tener justo el valor que él no tiene... Para eso, sí; lo otro carece de importancia... *(en ese momento, arrecian durante unos segundos, pero lejos, los golpes, los gritos y las explosiones; todos se callan y miran a la puerta; pasan treinta o cuarenta segundos así, en absoluto silencio y expectantes, hasta que el vocerío remite y se va alejando, y se hace de nuevo el silencio, que es roto, a propósito, por el Director)*
- Director. ¿Es que nadie los educa? ¿Nadie les ha hecho comprender el valor de las cosas?; deberían haberlo aprendido... *(y dirigiéndose ahora con sorna al Vigilante, mientras le da una honda calada al nuevo cigarrillo que se acaba de encender, le espeta)* ¿Tú los tienes?
- Vigilante. ¿Eh?
- Director. Hijos; que si tienes hijos...
- Vigilante. Sólo dos; sí, sólo dos, por qué...
- Director. Claro, para ti son pocos *(repentinamente pensativo)* ¡Cómo son las cosas!... Para mi padre, dos también eran pocos; y para mí incluso uno ya eran demasiados...
- Vigilante. Hoy tendría que haber ido a hablar de las notas del mayor con el Jefe de Estudios, al instituto; pero no he podido...
- Director. ¿Cómo vas a poder con la que está cayendo...?
- Vigilante. No es por ellos precisamente, sino por estos turnos de doce horas que nos ponen... Usted tendría que saberlo mejor que nadie; es el que los firma...
- Director. ¡Eh!, ¡eh!, no sigas por ese camino, que conmigo no vale... Además, en la mayoría de las ocasiones, no sé ni lo que firmo, y menos estas, estas...
- Mujer. *(terminando la frase)* Menudencias, bagatelas, minucias, dilo claramente; dile lo que somos para ti; lo que él, como yo lo era, y sus turnos son, de verdad, para vosotros... Hormiguitas, despreciables hormiguitas, que se aplastan, sin darse uno apenas cuenta, ¿no?
- Director. Os advierto que por ese camino no me encontraréis... Pero, vamos a ver, ¿qué tengo que ver yo con su vida?

- Vigilante. Usted es el que nos contrata, nos paga, fija nuestros turnos y nos despide, debería saberlo...
- Director. *(tratando ahora de mantener una distancia formal, sin tuteo)* Usted lo sabe bien, esos turnos de doce horas se han debido a una emergencia; su compañero de usted... Bueno, usted está suficientemente informado... En mi posición, como en la suya, hay que saber afrontar los momentos de emergencia...
- Vigilante. Pero llevamos así más de cinco meses y nadie... Usted... Nadie hace nada... ¿Cómo voy a ir a hablar de mi hijo con nadie, si llevo doblando los turnos de mañana y noche, más de veinticuatro semanas y media...?
- Director. No se queje, y pregúnteselo a su colega, que lleva trayéndonos partes de baja desde hace cinco meses...
- Vigilante. Pero ¿es que no podemos caer enfermos siquiera?
- Director. Hay que atenerse a las consecuencias... Todos tenemos nuestras responsabilidades, hasta que se acaban...
- Vigilante. Pero el caso es que para nosotros, nunca se acaban...
- Director. Le repito que la vena melodramática no es la mía... Y me dirá que el puesto que ocupa, le exige mucho... Darse unos paseos, tomarse unos cuantos cafés e informar, de vez en cuando, a sus superiores... No creo que resulte una labor extenuante...
- Vigilante. Se olvida de casi todo...
- Director. ¿De qué me olvido?
- Mujer. De la incertidumbre, por ejemplo; del miedo constante a verte en la calle, de la rabia de depender de otros, de las repeticiones y de las rutinas que te convierten en una máquina de carne; del cansancio infinito, del asco, cuando piensas en...
- Vigilante. *(interrumpe a la Mujer, sin violencia, casi pensativo)* O del frío; de no poder dormir por todas las horas de sueño acumuladas; es la verdad, y por el sueño cambiado por culpa de los turnos; y de las horas muertas solo, sin ver a tus hijos o a tu mujer; y también del miedo... Aunque lo mejor es no pensar...
- Mujer. Y de la falta de respeto, y de las humillaciones...
- Vigilante. De eso también hay algo, claro...
- Director. ¡Aquí nadie humilla a nadie!... Sólo hay relaciones contractuales; a usted se le paga por unos servicios prestados, y punto; ¿o no se le paga, acaso?

- Vigilante. Eso sí, una miseria que no se...
- Director. Pues entonces, alma cándida (*de nuevo al tono confianzudo*), ¿de qué estamos hablando? Su función es tan relevante, a la postre, como la mía, somos un equipo, un cuerpo, yo tal vez sea el cerebro, no lo dudo; pero ¿qué es el cerebro sin brazos y piernas?
- Mujer. Claro, y las piernas y las manos, no tienen por qué pensar, ¿no es así? Deben limitarse a obedecer...
- Director. Tú lo has dicho, yo no (*y dirigiéndose al Vigilante*) No le haga caso, es una...
- Mujer. (*terminando de nuevo la frase*) ¿Zorra?
- Director. ¡Embaucadora!... (*con cierta frustración*) Iba a decir embaucadora... Todos sabemos cuáles son tus intenciones... Ya lo hemos visto...
- Vigilante. (*se oye una explosión lejana y todos miran al ventanuco*) Se hace todo tan duro, a veces, que casi los comprendo...
- Director. ¿Los comprende y han estado a punto de rebanarle el pescuezo...?
- Vigilante. Son tantas las ataduras, las preocupaciones, los miedos, que uno sólo piensa en el fin, el fin de su turno, el fin del día, el fin de semana, el fin del cada mes y de cada año, y la jubilación; o romperse un brazo o una pierna y poder parar y respirar un poco...
- Director. ¡Así son las cosas!... Ni usted ni yo tenemos la culpa, pero así son y hay que aceptarlas, porque, si no, sólo nos espera el caos y el desorden... (*arrecian los golpes y los gritos a lo lejos, momentáneamente*)
- Madre. Mi marido pensaba también mucho en la jubilación, no paraba de recortar fotografías de las revistas, yo creo que pensaba llevarme a todos esos sitios, cuando se jubilase, pero murió...
- Hija. (*con una dureza de témpano*) Deja ya de mentirme, tú no formabas parte de esas fotografías, como no formabas ya parte de su vida...
- Madre. (*verdaderamente herida*) ¿Y tú?
- Hija. Yo, tampoco (*pensativa*)
- Director. (*repantigado, de nuevo, se dirige, como sin querer, por puro aburrimiento, al Joven Autor*) Y, además de esa chorrada sentimentalona por la que te hemos dado el premio, ¿qué haces...? Vamos, que a qué te dedicas...
- Joven. (*reticente al principio; pero muy picado, tanto por la pregunta, como por el tono de la misma, no resiste darle la espalda y responde*) Depende...

Director. *(como decepcionado por la respuesta)* Depende, depende... En este mundo, ya lo ves, no sirve el “depende”, hay que tener muy claro qué hace uno y por qué lo hace; hay que saber dónde se está y para qué se está donde se está, ¿comprendes? *(y ante el silencio corrido del Joven Autor, continúa)* ¡Bah!, supongo que no... *(silencio prolongado –al menos treinta segundos–: se oyen el barullo y más explosiones lejanas)* Mira, ya sé que a todos vosotros os gustaría escribir sobre injusticias, tragedias y dramas tremebundos... Acaso hasta se te ocurra tomar a estos *(y hace un gesto que abarca a la Mujer, al Huraño y al Vigilante)* como protagonistas de tu historia, las típicas víctimas inocentes, ¡ja, ja, ja!... Y luego el tirano, el malo malísimo, yo, por ejemplo; pero a quién le interesará esa historia... Nada de eso, todo eso es inútil... Y si te va a dar por el articulismo, porque todos termináis de plumíferos en nuestras gacetillas, elige temas como “la risa en el arte”, o “las calles y las gentes de Nueva York”, aunque lo de Nueva York, pensándolo bien, no, porque ya va a Nueva York cualquier paleta... Pero algo así, temas con los que no te puedas pillar los dedos, metiéndote donde no debes... Y si te da por algo más serio y culto... ¡Ja, ja, ja!... Algo así como “el teatro breve de tema culinario en la Picardía de los siglos dieciséis y diecisiete”... ¡Ja, ja, ja!... Con cosas así tienes la Academia asegurada, jovencito... ¡Ja, ja, ja!... Y, si te da por la novela, memorias, muchas memorias, la infancia, de cuando matabas pájaros con lo tirachinas, aunque tú poco tirachinas habrás visto... O los picorcillos juveniles, “el despertar a la vida”... ¡Ja, ja, ja!... Y mucha jodienda, con perdón de la señora *(y mira con una mueca a la Mujer)*... ¡Ja, ja, ja!... Y fantasmas, templarios, ovnis, códigos secretos y todas esas cosas... Sin pillarse ni un dedo; eso, sí, sin pillarse los dedos... ¿A quién le puede interesar todo esto? Si es lo que están viviendo cada día... ¿A quién puede interesarle leer lo que está ya viviendo...? Te lo voy a decir, a cuatro raritos y a unos pocos sabihondos, que lo lían todo; a gente como ella *(la Mujer, por supuesto)*... La gente común, corriente y moliente, pide otra cosa, créeme... Si la mayoría, además, afortunadamente ni lee; y, si lo hacen, quieren escaparse de sus vidas de pacotilla; fíjate en este *(señalando, sin cortarse, al Vigilante)*, como para que encima le recuerdes que no puede ni ir a hablar de su hijo a la escuela... La cosa es no pillarse los dedos... Ni sí, ni no, ni todo lo contrario... Y a lo tuyo *(pensativo)*, cada uno a lo suyo, no hay otra, créeme, jovencito, no hay otra...

Mujer. *(interviniendo por sorpresa)* ¡Sí, hay otra!...

Joven. *(aprovechándose del inesperado impulso de la Mujer)* Sí, tiene que haber otra...

Director. *(midiendo con la mirada a la Mujer)* Tú sabes, como yo, que no hay otra; lo demás es engañar a viejecitas y a jovencitos ilusos como este...

Vigilante. Tengamos la fiesta en paz; no se alteren otra vez...

- Director. *(sin hacerle caso)* El mundo es una selva *(y hace de nuevo un gesto dirigido a la puerta)* y en esa selva lo único seguro es yo, yo y yo... Yo y mis deseos, esa es la única verdad incontestable *(mirando fijamente a la Mujer y dando por sobreentendido casi todo entre ellos)* y tú lo sabes, como yo...
- Joven. Pero ellos quieren algo diferente...
- Director. Ellos quieren lo que tú y yo no queremos, ni queríamos jamás...
- Madre. No empiecen otra vez, se lo suplico...
- Hija. Déjalos...
- Director. Hace un par de semanas, estuve otra vez en el Museo, con el Jefe de Zona, pues a todos los que vienen de fuera, les damos un garbeo por el Museo, para que no nos den luego mucho el coñazo... Y ahí estábamos, plantados delante de uno de esos cuadros de Tintoretto que hay ahora, y va y me pregunta que qué significa esto y lo otro, y era como si me preguntase, viendo los balances del último mes, en los libros, que esto y lo otro para qué sirven... ¡Coño para qué sirven!... El arte, como los balances contables, no sirven para nada, le iba a contestar, pero para qué, pensé; resultaba inútil el esfuerzo, además, me podía pillar los dedos... ¡El arte no sirve para nada, nos entretiene y basta!... Sólo hay que contemplarlo con admiración, silencio y respeto... Le dije... La realidad está en otra parte, pasa como con los balances, los beneficios están en otra parte, los libros de contabilidad son sólo un juego entre Hacienda y nosotros; un juego que hay que jugar para mantener las formas, porque, si no, miren a dónde nos conduciría la cosa, si no fuese por las formas; pues el arte es lo mismo, un juego que hay que jugar, la realidad es otra cosa, es lo que vivimos de verdad, y eso no tiene interés, no nos entretiene... ¿O no es así?
- Joven. Depende de...
- Director. *(sin dejarle apenas iniciar la frase)* Joder con el depende...
- Joven. *(hartado ya)* De nada, no depende de nada...
- Director. ¿Cómo que de nada...? ¿No me estará usted dando la razón como a los tontos...?
- Joven. *(no sabe qué decir, se le ve superado por la situación, incapaz de responder del mismo modo agresivo a las provocaciones y a la continua humillación a que le somete el Director)* Yo sólo quería dec... *(pero se calla, repentinamente le falta la energía precisa para terminar incluso las palabras)*
- Director. *(impávido, sigue su perorata como si nada)* Y para rematar la faena a mi mujer no se le ocurre otra cosa que llevarnos al teatro... A una de éxito,

dijo... ¡Todo un suceso!... Según mi mujer... Era la historia de uno que se tiraba a una cabra... Una tragedia, decían, no me jodas, menuda tragedia, ¡ja, ja, ja!...

- Joven. *(rehaciéndose)* La tragedia posee una dimensión cívica que...
- Director. ¡Qué dimensión cívica, ni que niño muerto!... La pasta, ¿no se lo he dicho...? El dinero, el efectivo, el contante y sonante *(con un significativo gesto, frotándose los dedos)* Eso es lo único que mueve el mundo, y no me va a hacer creer que no mueve al arte ni a los artistas... ¡Cáigase del guindo de una vez!... Lo que pasa es que las cabras no se quejan, no protestan, ni los cabrones tampoco... *(se interrumpe, riéndose de su propio chiste)* ¡Ja, ja, ja!... Los cabrones, tampoco... ¡Ja, ja, ja!... Los papás de la cabra, los cabrones, claro, cabrones... *(lo repite y se echa a reír de nuevo, pero a nadie le hace gracia el juego)* ¡Ja, ja, ja!... Claro, de cabra, cabrones... ¡Ja, ja, ja!...
- Joven. *(abrumado por tanta grosería)* Le concedo que puede haber cierta impostura...
- Director. Cierta impostura, cierta impostura, pero qué coño de palabras me está usando... ¡Falta de cojones!... Sólo falta de cojones, y el amor a la pasta; si quería tragedia por qué no se tiraba a su hijita, aunque eso, en realidad, se ve hasta por la tele, o al hijo de otro, o se cortaba los cojones asqueado de su propio vicio o de su monstruosidad... O la tragedia de este *(señalando, de nuevo, al Vigilante)* que no tiene tiempo ni para ir a hablar de su propio hijo, y menos de echarse un polvo con su parienta...
- Vigilante. Por favor, no me meta a mí ni a mi familia en lo que ni nos va ni nos viene...
- Director. Si quería tragedias no tenía que irse a una puta cabra *(se para de nuevo y estalla en otra carcajada)* ¡Ja, ja, ja!... Una cabra puta... ¡Ja, ja, ja!... Aquí *(y señala la realidad que los envuelve)*, delante de sus narices está la tragedia...
- Joven. Pero, per...
- Director. Ni peros ni peras, que las cabras no protestan y dan mucha... leche... ¡Ja, ja, ja!... además, a los papás y a las autoridades les dan lo mismo las cabras... Y lo demás es asustar a niñas de papá y a lindas viejecitas... *(y se les queda mirando de un modo ofensivo y guasón a la Madre –que durante toda la escena no ha dejado reaccionar, con gestos y aspavientos, ante las continuas groserías del Director– y a la Hija)*. Y hacer caja, claro... *(se calla y se quedan todos los demás en silencio expectante durante unos segundos –no menos de diez–. Y como si continuase el hilo lógico de sus razonamientos, el Director vuelve a la carga)* También podría escribir sobre el Día de la Madre...
- Huraño. *(como con un gruñido)* ¡Bah!...

- Director. *(enfrentándose a él y provocándole, una vez más)* ¿Es que tienes algo contra las madres, tarado...?
- Hija. ¡Déjele, por favor!...
- Director. *(sin darse por aludido)* Si lo piensa bien, jovencito, qué haríamos sin el Día de la Madre, o del Padre, o del Trabajador, o de los Enamorados... *(titubea un segundo)* ¡Seríamos como ellos!... *(y mirando al Huraño, remacha)* Como este... tarado... Aunque no le guste a la señorita la palabra...
- Joven. Por favor, no...
- Director. *(sin hacerle el menor caso)* ¡Cundiría el caos y la anarquía por doquier!... O ¿acaso es eso lo que quieren? *(esto último se lo dice directamente a la Madre)*
- Madre. Oh, no. Claro que no, qué se figura usted...

[SE APAGAN LAS LUCES Y TRAS UN SEGUNDO SE ENCIENDEN DE NUEVO, EL TIEMPO HA TRANSCURRIDO, DE NUEVO, PERO APENAS SE NOTA EN LA POSICIÓN TENSA Y HASTIADA DE LOS ACTORES]

ACTO IV

[*Todos están tirados por el suelo y en silencio; el Director se está encendiendo otro cigarrillo, y la Madre lo mira con miedo, pero también con rencor y aire ofendido*]

- Madre. Si estuviera aquí mi marido no nos trataría usted así; él sabría cómo responderle...
- Hija. (*repentinamente airada*) Cállate, mamá; por favor déjalo pasar...
- Madre. Tu padre sí que te educó como Dios manda...
- Director. (*con ironía*) Era todo un hombre, ¿no es así?
- Madre. ¡Por supuesto!... Un hombre cabal, que nos respetaba y nos quería...
- Hija. Mamá, calla tú también...
- Director. (*con sadismo*) No le haga caso, señora; y desahóguese; tenemos tiempo de sobra, y oportunidad...
- Hija. Déjenos en paz; ¿qué le hemos hecho, nosotras?
- Director. (*enigmático*) Coincidir, estar ahí, ¿le parece poco...? (*todos han comprendido la enormidad del desprecio y la soberbia contenidos en esas palabras, pero no se dan por aludidos; como si haciéndose los sordos las hiciesen desaparecer, como hacen los niños cuando tienen miedo en la oscuridad*)
- Madre. Si estuviera aquí, no nos tratarían así... ¡Era todo un caballero!...
- Hija. No sigas; no caigas en su trampa...
- Director. (*sarcástico*) Me lo imagino; ¿a qué se dedicaba?; ¿qué oficio tenía...?
- Madre. (*tajante y contundente, por primera vez*) Mi marido no tenía oficio. Mi marido no era ningún oficial, ni dependiente de tres al cuarto, tenía su propio negocio... ¡Como usted!...
- Director. (*riéndose con ganas*) ¡Ja, ja, ja!... Ya, lo entiendo, era un verdadero hombre de negocios...
- Hija. Madre, era una papelería, una simple papelería...
- Madre. ¡Un negocio propio!...

Director. Diga usted que sí... Un verdadero hombre emprendedor... *(con sorna no disimulada)*

Madre. Lo que le perdió fue su pasión por el orden...

Hija. *(estallando definitivamente)* ¡Pero mamá!... ¿Qué dices?; si causó la muerte de dos inocentes... *(todos, repentinamente interesados por lo que han escuchado, miran a la Hija con interés no disimulado)*.

Madre. ¡Eso no tiene nada que ver!...

Hija. ¿Cómo que no tiene nada que ver, mamá? Fuiste a abortar tres veces y no fue capaz de usar un condón en su vida, tú misma lo has...

Madre. *(súbitamente histérica)* ¡Eso no tiene nada que ver, eran otros tiempos!...

Hija. No intentes justificarle, está muerto, no te espera ahí fuera...

Madre. No seas cruel; tú no eres así... Así no se te educó a ti...

Hija. *(casi con ternura)* Mamá, trabajabas como una burra para nosotros y él ni se inmutaba...

Madre. Eran otros tiempos... Él era bueno y nos quería a su modo; cuántas veces no te lo habrá dicho: “Mi niña”, te decía...

Director. Los actos nos definen, no las palabras... A las palabras se las lleva el viento, señora; o no las entendemos...

Madre. No le hagas caso; tu padre me quería, y te quería...

Director. Tu padre era como yo, exactamente igual...

Madre. *(alterada)* ¡No es verdad!...

Director. No mienta a su hija, ni se mienta a usted más; le he dicho que nos definen los actos, señora...

Madre. Era diferente... Quizás, egoísta, como todos los hombres, pero diferente; su maldad era la maldad de un niño... ¡Tenía sus motivos!... ¡Tenía sus motivos!...

Director. ¡Todos tenemos nuestros motivos!...

Joven. *(hace tiempo que desea intervenir y, con un gesto que señala al ventanuco que da al exterior, los interrumpe)* Ellos también tienen sus motivos, pero los hemos olvidado o simplemente los desconocemos por ignorancia, o por secreta voluntad...

Director. *(interrumpiéndole, a su vez, con la acostumbrada sorna)* ¡Bla, bla, bla!...

- Joven. Las razones y los motivos de...
- Director. *(sin dejarle respirar)* ¡Bla, bla, bla!... ¡Bla, bla, bla!... ¡Bla, bla, bla!...
- Joven. Nuestra ignorancia no nos disculp...
- Director. *(ahora le imita grotescamente)* ¡Bla, bla, bla!... ¡Bla, bla, bla!... ¡Bla, bla, bla!... ¡Voy a llorar!...
- Joven. No nos disculpa *(sin darse por aludido: pero sin atreverse a mirarlo a la cara)* No deja de resultar curioso que...
- Director. *(a punto de estallar de verdadera cólera, le manda callar definitivamente)* ¡Cállese y escuche!... Claro que tienen sus motivos, cómo tengo que decírtelo, pero no son los nuestros, entérate de una vez y entérense todos *(haciendo un gesto a los demás)*; no son los nuestros, ni siquiera los vuestros *(dirigiéndose única y exclusivamente al Vigilante y a la Mujer)*; es una estupidez compadecerlos, y no digamos el hacer algún esfuerzo por comprender sus motivos... *(y encarándose al Joven Autor)* ¡No tienes ni idea, jovencito!...
- Joven. No me provoque más; yo no soy... *(se calla, como si se mordiese la lengua, pero le traiciona un vago gesto hacia el Vigilante)*
- Director. ¡Vaya, vaya!... Él no es “como ése”, ibas a decir... ¿Estás seguro? *(el Joven Autor se da la vuelta despechado y perdido en un laberinto de contradicciones, y se acerca a la Madre, que se ha cobijado en un momento de la discusión detrás de su Hija; el Director, por su parte, se vuelve, saca su agenda y parece que pierde interés por seguir zahiriéndole)*
- Madre. *(al ver que el Joven Autor se acerca a ellas, se dirige a él –y, de rechazo, a la Hija– como si estuviesen solos, consciente de la frágil intimidad alcanzada, a punto de romperse)* Todos necesitamos un adversario, así nos es más fácil comprender; aceptar el mundo con un enemigo dentro... Ya lo sabréis a su debido tiempo, ahora sois jóvenes y tenéis aún ilusiones... Y qué mejor que un adversario de nuestra confianza, creado a nuestra imagen y semejanza, a nuestra medida... Yo era ese adversario para él, hija, tú aún no lo necesitas, eres joven, pero lo necesitarás, ya lo verás, tú también crearás a tu enemigo...
- Hija. ¡Calla, por favor!... Estamos haciendo el ridículo...
- Mujer. *(que ha estado escuchando; tajante y conminatoria)* No; escucha a tu madre, ahora que habla por fin con algo de sentido...
- Madre. *(y como siguiendo una orden, con un nuevo brío, sabiendo que alguien escucha; y que ha mandado escuchar a su hija lo que ella dice: explicando y explicándose; mirando, de vez en cuando, a la Mujer;*

continúa) Luego, con el tiempo yo ya no le bastaba; y se buscaba continuamente otros enemigos que justificasen su rabia... Los buscaba y los encontraba; pero ellos, además, vinieron a él... Tú sabes, o quizás no, eras muy pequeña... Lo que había luchado y trabajado para comprar la casa, su casa; años de negación y sacrificio... Sólo quería vivir como los que le humillaron de niño pensaba él que habían vivido; recordaba sus casas con porche, y sus jardincitos, y quería una como la de ellos; una vida como la de ellos; por eso quería que tú fueses a un colegio privado, de monjas, sobre todo, de monjas, como el colegio al que iban sus hijos, los hijos de los vencedores, de los que humillaban a su madre, mientras les lavaba sus sábanas y planchaba sus camisas... Quería una casa con jardincito como la de los que habían matado a su padre...

Director. *(aparentemente desentendido de la situación, sin mirarlos, reacciona con un gruñido)* ¡Bah, ya estamos!...

Madre. *(intimidada por esa reacción inesperada, vacila un instante, pero amparada en la fuerza de la Mujer, que la anima con un gesto de burla y desprecio hacia el Director, continúa)* Y, cuando por fin consigue esa casa, parecida a la de aquellos a los que él siempre había envidiado, llegaron ellos y le despertaron del sueño; él no sería jamás como eran aquellos; aquellos no lo hubiesen permitido, no se les habría ocurrido aceptar a alguien que no fuese de su clase entre ellos... ¿Comprendes? *(pero no se sabe a quién se dirige, si al Joven Autor, a su Hija o a la Mujer; pero es la Mujer quien responde)*

Mujer. Comprendo; lo comprendo muy bien...

Madre. Y no es que fuesen malos, sabe, no; pero hacían desaparecer de un plumazo cualquier sentido a tantos años de renuncia y de sacrificio; y eso que yo jamás le exigí nada; es más, tú lo sabes *(se dirige ahora a la Hija)*, yo vivía tan ricamente en nuestra vecindad, no necesitaba más; y mucho menos tan lejos de nuestros conocidos y vecinos de toda la vida; pero él era feliz con ese sueño y se olvidaba un poco de mí, me dejaba estar, como si no existiese, y estábamos más tranquilos; incluso parecía que era un poco más cariñoso con la niña *(haciendo un gesto de aquiescencia a la Mujer)*... Pero un buen día llegaron ellos, y todo se vino abajo... ¿Para qué hemos venido a vivir aquí...? Me decía... ¿Para qué hemos levantado ese muro...? Me decía... Si te puedes encontrar en tu misma casa, puerta con puerta, a esa morralla: repetía... Pero lo que no comprendía es que les hubiesen dejado vivir allí... ¡Qué falta de dignidad!... ¡Qué falta de clase!... Repetía... La verdad es que era como un niño...

Hija. *(al fin, responde)* Los niños son los más crueles...

Madre. Se olvidaba de que no había clase que valiese...

Mujer. No esa clase...

- Madre. Sólo el dinero; sólo el dinero...
- Mujer. Que no es garantía de nada, y menos de la clase... *(y, al decirlo, mira de soslayo al Director y da a sus palabras una entonación de sorna y de inmenso desprecio)*
- Hija. Había soñado tanto aquella mentira, un mundo en que lo de arriba estaba arriba y lo de abajo estaba abajo, irremediadamente, sin remisión; que no admitía ver el mundo tal cual es; verse tal cual era... ¡Si renunció incluso a su memoria, tú lo has dicho, negando lo que había visto con sus propios ojos, el asesinato infame de su propio padre, y la humillación de su madre!...
- Madre. Pero, hija, él era un niño, tenía que seguir viviendo, tú no conociste ese mundo, nosotros sí; hasta qué punto fue infame y miserable... Si lo hubiese admitido su vida entera habría carecido de sentido; así que se lo negó a sí mismo todo, y quiso ser como los otros, como los que podían matar y humillar sin tasa ni límites... Así son las cosas, hija; así eran y serán...
- Mujer. No, no tienen por qué ser así siempre; ¿quién lo ha dicho?; ¿dónde está escrito que siempre tenga que ser así...?
- Hija. No los quería junto a él, no por quienes eran, sino porque le recordaban a él mismo quién era él, o quién había sido...
- Joven. Si se piensa un poco, es verdad que...
- Mujer. No es fácil aceptarlo...
- Hija. Hasta que murió de una apoplejía, reventado de odio y frustración...
- Joven. Es verdad que creamos nuestros propios enemigos para huir del absurdo...
- Director. *(el Director levanta la vista y le mira con un rictus de desprecio y sarcasmo mientras filosofa, y le interrumpe, una vez más, sin contemplación alguna)* Perdone, señora, pero su marido era un mequetrefe; no había entendido nada de nada; sobre todo, la lección más importante, la única... Que hasta usted ha aprendido... ¡Qué clase ni que niño muerto!... Capital, sólo capital, lo demás son cuentos e ilusiones...
- Joven. *(hilando su discurso)* Sí, huimos del absurdo y del tedio; de alguna manera, ellos nos ayudan a vencer nuestro tedio, a frenar por un instante nuestra inevitable decadencia... No, en realidad, nos ayudan a no reparar en el espantoso vacío... Eso es, el espantoso vacío... *(se hace el silencio: los estallidos, el desorden y el griterío se oyen lejanos)*
- Director. Si le interesa el vacío, la nada, el absurdo y esas cosas, pues justo de eso mismo estuvimos charlando, la otra noche, en casa de Yelena Busquet, en

la sobremesa de después de la cena (*se lo dice como si tal cosa, como de pasada, al Joven Autor*).

- Joven. ¿Yelena Busquet? ¿Usted conoce a Yelena Busquet, la editora?
- Director. (*disfrutando de la nueva humillación infligida al pobre incauto*) Ella es de muy parecida opinión a la suya; la diferencia es que ella se lo puede permitir... Sostiene que delante de todos nosotros se alza un enorme agujero negro que sólo los seres más sensibles perciben... En fin, juegos malabares de gente exquisita, que, según dicen, valoran más la coherencia que la relevancia... Yo, por mi parte, ya se lo habrá imaginado, prefiero la relevancia a la coherencia; y eso que la única vida dotada de coherencia aquí es la mía... (*se gira y señala al Huraño con un gesto grotesco*) Y, tal vez, la suya... (*de repente, la puerta se estremece de un golpe seco y brutal, al que siguen más golpes, que, aunque de menor impacto y contundencia, amenazan con desencajarla de sus goznes; y van acompañados de gritos unánimes e ininteligibles. En la escena, tras la inicial sorpresa, todos, salvo la Madre, que queda paralizada, y el Huraño, que según parece permanece ajeno a todo, pero que se lleva las manos a la cabeza, se apilan encima de los muebles y de los trastos que han puesto para atrancar la puerta, y empujan con desesperación; sin embargo, hay un momento en que esta cede y una mano logra atravesar el hueco que se ha abierto; la Madre lanza un grito de terror y el Director anima a los otros a redoblar los esfuerzos por volver a encajar la puerta a su marco, mientras intenta apuntalarla con una barra de hierro que ha encontrado; todos hacen un esfuerzo que parece definitivo, y antes de que desaparezcan por completo los dedos de la mano que los ha estado amenazando, logran cerrar por fin, de un golpe seco, la puerta, mientras se oye un grito de dolor animal, y las falanges amputadas de la mano caen al suelo. El Director aprovecha para apuntalar definitivamente la traba que ha resistido. La Madre grita horrorizada, y la Hija y el Joven Autor hacen gestos de asco y repugnancia, ante las falanges seccionadas. El Director le pide a la Mujer que le dé el foulard que lleva sobre los hombros, y, con él, tapa los despojos sanguinolentos. Los aullidos resultan insufribles*)
- Joven. La mano se le ha quedado entallada, mirad... Dios mío, qué hacemos...
- Madre. ¡No puedo más!... ¡No puedo más!... (*la Hija se acerca a ella y la consuela*) No puedo más... (*gime, sin consuelo*)
- Director. Ya ha pasado el peligro; ya ha pasado... (*pero todos están abatidos, y algunos se tapan los oídos para no oír los gritos de dolor*)
- Joven. ¿Qué hacemos...? ¿Abrimos para que pueda desprenderse? Se va a desangrar...
- Director. Justo es así como no va a desangrarse; y, además, a nosotros qué nos importa, que grite hasta reventar...

- Vigilante. Pero sus gritos pueden alertar y enrabietar aún más a los otros...
- Director. Eso sí, podría ser... (*y se acerca a escuchar a la puerta, con cuidado de no pisar el foulard*) Aunque creo que los demás se han ido, cobardes; en cuanto que han escuchado las detonaciones de la policía... Nada, que se quede como está; pronto vendrán a rescatarnos, y ya veremos qué hacer con él; ya se decidirá entonces; que aguante...
- Mujer. (*anuncia un gesto de oposición, pero desiste, e implora a lo desconocido*) Pero no podemos... No podemos... ¡Bah!, me rindo; esto es una pesadilla, sólo quiero que termine; por favor, que termine cuanto antes... Y salir de aquí... Salir...
- Huraño. Salir... Sí, salir... Pero ¿adónde...? Salir adónde, ya...

[SE APAGAN LAS LUCES Y TRAS UN SEGUNDO SE ENCIENDEN DE NUEVO, EL TIEMPO HA TRANSCURRIDO Y DEBE NOTARSE EN LA POSICIÓN Y ACTITUD DE LOS ACTORES]

ACTO V

[*los gemidos entrecortados, y apenas audibles ya, continúan detrás de la puerta; sobre la escena, todos callan y tienen gestos evidentes de hastío y de fatiga*]

- Director. (*rompiendo el silencio, se dirige al Joven Autor*) No se quejará usted...
(*y señala al bulto sanguinolento*)
- Joven. No comprendo...
- Director. ¿No son las experiencias más fuertes las que motivan las mejores obras de arte...? Pues aquí se está viviendo una que alguien debería poner negro sobre blanco...
- Joven. Sí, tal vez...
- Madre. (*exhausta y vencida, está a punto del desmayo*) Ya no puedo más...
- Hija. ¡Mamá!...
- Joven. (*pero ya sin la convicción ni la atenta disposición de antes, como por inercia*) Señora, tranquilícese...
- Madre. Tienes razón...
- Hija. Deja eso ahora; ya no importa...
- Madre. Sí importa...
- Joven. Resista un poco más, señora... (*pero, en realidad, está pensando en lo que le ha dicho el Director*) Entonces conoce usted a Yelena Busquet, la editora...
- Director. Sí, ya se lo he dicho, ¿es que lo pone en duda?
- Joven. No, no, en absoluto; no se me ocurriría... (*se retiene*)
- Director. ¡Por supuesto!... Una gran mujer y muy influyente, como usted sabe...
- Joven. Sí, sí, claro...
- Director. (*sobrentendido, y enfatizando la expresión*) Son estas experiencias extremas las que interesan a los editores, ¿no cree?
- Joven. Supongo que sí...

- Director. Y alguien deberá poner negro sobre blanco lo que aquí ha pasado; esta auténtica odisea; añadiendo, eso sí, un toque de suspense e interés humano...
- Joven. Sí, claro...
- Director. Y mucha poesía, por supuesto; poesía y espíritu...
- Joven. ¡Por supuesto!...
- Director. Nuestra zozobra y el peligro pasado se lo merecen; se merecen a alguien como usted, jovencito (*recalcando lo de "jovencito"*); testigo de los hechos, de la angustia que hemos pasado, de las psiques torturadas...
- Joven. Son estas las historias que se venden, sí, es verdad...
- Director. ¡Dígamelo a mí!... Sólo tiene que ayudarme...
- Joven. ¿Ayudarle?; ayudarle, ¿a qué?
- Director. A deshacernos de ese... (*y señala a la puerta*)
- Joven. ¿Qué?
- Director. Un pequeño favor, por un gran favor... Es lo que usted ha estado soñando toda la vida; y ahora lo tiene a su alcance...
- Joven. (*dubitativo, mirando a la puerta, primero, y al foulard, luego*) ¿Le he entendido bien?
- Mujer. (*súbitamente repuesta del abatimiento*) No se deje embaucar... (*y la mirada que se cruzan ambos, la Mujer y el Joven, resulta confusa y patética*)
- Director. Es la tentación, la misma tentación a la que tú sucumbiste... ¡Ja, ja, ja!... (*su risa posee ecos siniestros*)
- Mujer. (*al Joven Autor*) No sé qué ha podido ofrecerte, pero no te dejes manipular por él... (*sin embargo, el Joven Autor se ha vuelto avergonzado contra la pared, y va a volverse y responder, cuando un repentino estruendo, que hace gritar a todos, y que los lanza contra las paredes, precede a la entrada del policía armado, que forma parte del destacamento que se encarga de inspeccionar los huecos y estancias que han sido asediados*)
- Policía. (*a los otros policías que han quedado dentro, cuyas sombras se entrevén más allá de la puerta, en cuyo umbral se reconoce la mano con los dedos seccionados*) ¡Vosotros seguid!... Yo me encargo de estos... (*y dirigiéndose a los que están sobre la escena*) Ustedes, ¿están bien? ¿Hay algún herido? (*ellos se miran unos a otros en silencio, y miran hacia el*

foulard) Ah, ya veo; veo que lo han pasado regular, como quien dice... (y *esboza una sonrisa*) Supongo que son los dedos de este cabrón...

- Director. Sí, pero no ha sido nada; no se preocupe... No es nada, siga, siga, persígánelos y hagan su trabajo, mátenlos... (*se recrudescen las explosiones*)
- Policía. ¿Están todos...? (*vuelven a mirarse*)
- Madre. Estamos todos... (*sin mirar a nadie*)
- Mujer. ¡Vámonos de una vez!... (*van saliendo en silencio y cabizbajos, salvo el Huraño, del que se han olvidado todos, y que sigue acurrucado en su rincón, detrás del montón de bártulos, enfrascado en el ajuste de las piezas de su teléfono, y aparentemente desentendido de lo que ocurre a su alrededor. El Director se dirige al policía, a un lado de la puerta abierta ya del todo –por la parte de dentro–, y le saluda ahora ceremoniosamente, felicitándolo con gesto imperioso*)
- Director. Soy el Director; buen trabajo, agente, ahora sólo falta rematar el asunto... Debe quedar claro cuál es su sitio y cuál el nuestro... (*el policía le mira y calla; ve el abrigo de la Mujer en el suelo, casi bajo el quicio de la puerta, y lo recoge*)
- Policía. Alguien se lo ha dejado olvidado; es de mujer, debe ser de la jovencita...
- Director. Yo se lo daré, no se preocupe... Vamos, aquí no ha pasado nada; pero hay que terminar con lo que se ha empezado... (*y señala significativamente hacia el dueño de la mano seccionada, que permanece inmovilizado detrás de la puerta; parece que se disponen a irse, cuando se oye el ruido de una carrera sofocada; el policía desenfundando su pistola como movido por un resorte y apunta hacia el suelo, fuera del campo de visión de los espectadores, pero duda*)
- Policía. Así no puedo, no es posible... (*el Director entonces se acerca al policía, y le anima para que cumpla lo tácitamente pactado*)
- Director. Dispare, no tiene nada que temer de mí; pégueme un tiro a este indeseable, y terminemos lo empezado... Terminemos con esta escoria... (*e impacientándose*) ¡Pégueme un tiro, a qué espera!... (*el policía le mira en silencio, como aturdido por el vértigo de la situación. El Director, mientras tanto, se adelanta un poco más y patea al cuerpo que está en el suelo*)
- Director. ¡Qué!.. ¿Ahora, qué...? ¿Ahora, qué...? Si esto es todo lo que sabéis hacer, os habéis equivocado de medio a medio... Para asesinos y bárbaros, muchacho, nosotros; ¿es que no sabes que gente como yo hemos arrasado más de veinte veces medio mundo...? (*y le da otra patada*) Y ¿cómo crees que lo hemos hecho todas las veces? Asesinando, llevándonos por delante a todo el que se ponía en medio y

no era más bestia y tenía más hambre de mundo que nosotros... Y, si tenemos que arrasarlo entero, una vez más, lo haremos, sin que nos tiemble el pulso, imbécil... *(de repente, el Director le arrebató el arma al policía, la amartilla y dispara dos veces; e inmediatamente del radio-receptor surge una llamada)*

- Voz. ¡Alfa a Charly!... ¡Alfa a Charly!... Hemos oído disparos, ¿todo en orden? Repito, se han oído disparos en su sector, ¿está todo en orden? ¡Cambio!...
- Policía. *(con el radio-receptor en la mano, apenas saliendo del estupor por la ejecución que ha presenciado, con la mirada fija en la del Director, y como hipnotizado; tras unos segundos interminables que se presumen de angustia y de lucha interior)* ¡Aquí, Charly!... Todo en orden; repito, ¡todo en orden!... ¡No ha pasado nada!... Hemos... he repelido un intento de agresión... Hay un herido, quizás un muerto... ¡Cambio!... *(en ese momento, el Director repara en el Huraño que sigue absorto en su tenaz manipulación, como si nada; aunque, al sonar el disparo, ha hecho un gesto de claro sobresalto).*
- Director. Y tú qué haces aquí, ¿qué has visto...? No has visto nada, ¿entiendes?; nada... *(el Huraño ni siquiera le mira)*
- Director. *(al policía)* Con este no hay ningún problema, está chaveta, un auténtico imbécil retrasado... Mírelo, desde que se le desarmó el teléfono, no ha dejado de jugar con él; ni tulle ni mulle... Vamos, ya le encontrarán aquí, cuando vengán a recoger esto... *(escupe sobre el cadáver y desaparece de la escena, junto con el Policía, que no se va sin antes echar un último vistazo al Huraño, al que amenaza y avisa con el dedo pulgar contra los labios)*
- Huraño. *(cuando el Director y el Policía han desaparecido, el Huraño hace un gesto con su aparato de teléfono, y se oye la grabación de las palabras que han precedido a la detonación y la detonación misma)* Los ladrillos van y vienen... *(con desolada convicción, repite)* Van y vienen... *(y luego)* Salir; salir, salir...